

John Reed

La guerra en Europa oriental



Título: La guerra en Europa oriental
Título original: The war in Eastern Europe
Autor: John Reed
Traducción: Antonio Iori

Portada y diseño de colección: Esteban Montorio

Edición:
Editorial Txalaparta s.l.
Navaz y Vides 1-2
Apdo. 78
31300 Tafalla
NAFARROA
Tfno. 948 703 934
Fax 948 704 072
txalaparta@txalaparta.com
www.txalaparta.com
Primera edición
Nueva York, 1916
Primera edición de Txalaparta
Tafalla, diciembre de 2005

Copyright
© Txalaparta para la presente edición
Copyright de las ilustraciones

© Instituto Nacional de Antropología e
Historia de México (INAH)

Realización gráfica
Monti
Impresión
RGM

I.S.B.N.
84-8136-100-2
Depósito legal
BI-1.707-05

The logo for Txalaparta, featuring a stylized graphic of three vertical bars of varying heights on the left, followed by the word "Txalaparta" in a serif font with a decorative flourish underneath.

*La guerra, cosa horribilmente
lucrativa.*

V.I. Lenin

Prefacio del autor

Al estallar la guerra, en agosto de 1914, me trasladé inmediatamente a Europa como corresponsal del *Metropolitan Magazine*¹, visitando Inglaterra, Francia, Suiza, Italia, Alemania y Bélgica, y observando cómo combatían tres ejércitos diferentes. Volví a Nueva York en febrero de 1915; un mes después, Boardman Robinson y yo estábamos listos para salir hacia Europa oriental². Este libro es el relato de aquel segundo viaje.

El programa preveía un rápido viaje de tan sólo tres meses: se suponía que asistiríamos a la entrada en guerra de Italia y a la destrucción de Venecia por parte de los austriacos; que llegaríamos a Serbia en el momento de la última resistencia del país; que veríamos irrumpir a Rumanía en el conflicto; que seríamos testigos de la caída de Constantinopla; que acompañaríamos la apisonadora rusa hasta Berlín, y que, al final, pasaríamos un mes en la región del Cáucaso registrando bárbaras batallas entre cosacos y turcos.

En realidad, después de siete meses de nuestra partida, ni siquiera uno solo de esos dramáticos acontecimientos había ocurrido. Excepto cuando nos mezclamos en la gran retirada

1.- Periódico publicado en Nueva York (N. de la Ed.).

2.- Boardman Robinson (1876-1952), era un conocido dibujante satírico canadiense, amigo de Reed, que aparte de trabajar para *Metropolitan Magazine*, colaboró en publicaciones revolucionarias como *Liberator* y *The Masses* (N. de la Ed.).

rusa y nos encontramos en los Balcanes, al principio de la ofensiva alemana, nuestro destino fue siempre llegar en el curso de un relativo estancamiento de las hostilidades. Y justo por esta razón quizá fuimos más capaces de observar la vida cotidiana de las naciones del Este bajo la continua tensión de un conflicto de larga duración. En la agitación de la invasión imprevista, de la desesperada resistencia, de la captura y destrucción de ciudades enteras, los hombres parecen perder sus propios rasgos distintivos, tanto individuales como nacionales, volviéndose todos iguales en la loca democracia de la guerra. En cambio, tal como los vimos nosotros, habían asumido hacia el conflicto una actitud normal, habían empezado a adecuarse a ese nuevo modo de vivir, a pensar y a hablar también de otras cosas.

Cuando llegamos, en Italia reinaba la calma más completa; rumores alarmantes de una inminente caída de Constantinopla nos llevaron a dejarlo todo y a embarcarnos inmediatamente para Dede Ağaç³. En Salónica, sin embargo, las noticias provenientes de Turquía eran tan sorprendentemente tranquilizadoras que decidimos continuar por tierra hacia Serbia, entonces devastada por el tifus, un país que a duras penas se iba recuperando de las terribles consecuencias de la última invasión austriaca.

A la primera noticia de movilización en Rumanía, nos precipitamos en seguida a Bucarest, pero allí encontramos mucho humo y poquísimas llamas.

Constantinopla resistía. Entonces pensamos realizar una fulminante incursión a Rusia, reservándonos el volver a los Dardanelos en cuanto la situación se hubiera puesto interesante. El embajador ruso en Bucarest fue amable pero vago; nos dijo que tendríamos que alcanzar Petrogrado y allí, a través de nuestros embajadores, presentar una petición formal para llegar al frente. Sin embargo, el encuentro con tres hastiados corresponsales, que habían seguido este consejo y habían perma-

3.- Nombre búlgaro de la griega Alexandróúpolis (N. del T.).

ncido tres meses en Petrogrado con las manos cruzadas, nos desalentó notablemente. Había empezado la retirada rusa de los Cárpatos y se combatía en el Norte cerca de Černovcy en el cruce de las fronteras de Rusia, Austria y Rumanía⁴. Amablemente, el secretario de la Embajada americana en Bucarest nos dio una lista de ciudadanos americanos a visitar a lo largo de nuestro itinerario y, armados con este débil pretexto, una noche atravesamos el río Prut en una pequeña barca y arribamos cerca del frente ruso.

Nunca había sucedido antes. Había órdenes severísimas de que ningún corresponsal fuera admitido en esa región, pero hablaban de periodistas provenientes del Norte. Nosotros veníamos del Sur y, por lo tanto, al no saber qué hacer con nosotros, nos mandaron hacia el Norte. Viajamos por la retaguardia del frente ruso a través de Bucovina, Galitzia y Polonia, donde pasamos dos semanas en la prisión. Por fin liberados, nos dirigimos entonces a Petrogrado y salimos de la sartén para caer en las brasas. Incluso parece que en las altas esferas habían decidido fusilarnos. La Embajada americana se lavó las manos en lo referente a mí, pero Robinson, canadiense de nacimiento, fue a la Embajada británica y ésta consiguió, al final, nuestra liberación y nos hizo salir de Rusia. Es inútil añadir que nunca fuimos al Caucaso.

Después de volver a Bucarest decidí visitar Constantinopla, ciudad que parecía más calmada y segura que nunca. Robinson no me pudo acompañar porque tenía pasaporte británico. En un primer momento, Enver Bajá⁵ me prometió hacerme llegar al frente de Gallípoli, pero después de dos semanas de espera declaró que ningún otro americano podría alcanzar el Ejército ya que un corresponsal había vuelto a París y había

4.- Černovcy, ciudad hoy de Ucrania, entonces austriaca. Reed la citará también por su nombre alemán: Czernowitz (N. del T.).

5.- Enver Bajá (1881-1922), lideró la revolución burguesa en Turquía, acaudillando a los Jóvenes Turcos que se pronunciaban por la liquidación del Imperio otomano. Ministro de Defensa y jefe del Ejército durante la Primera Guerra mundial, se refugió en el Caucaso tras la derrota turca, donde contaría, para su reemprendida lucha antifeudal, con el apoyo del Ejército Rojo, hasta que, tras alzarse contra la Rusia revolucionaria apoderándose del Turquestán, murió luchando contra aquél en 1920 (N. de la Ed.).

publicado una descripción de los fortines turcos. Más o menos por los mismos días, fui avisado oficiosamente de que haría mejor en dejar Turquía, ya que la Policía me había visto hablar con demasiados armenios.

Fui parado en la frontera búlgara y se me ordenó volver a entrar en Turquía ya que mi pasaporte no había sido visado correctamente. No tenía dinero y el ceñudo jefe de la Policía búlgara no tenía intención ni de ponerse en contacto con la Embajada americana ni de permitirme hacerlo. Así, cuando se puso en marcha el tren para Sofía, salté rápidamente a él y viajé en la plataforma de los vagones, en el maletero y en el techo del convoy, refugiándome en los campos cada vez que se detenía para una inspección de los soldados.

En Bucarest me volví a reunir con Robinson y juntos continuamos hacia Bulgaria, entonces al borde de la guerra. Cuando se declaró la movilización nos refugiarnos en Serbia, en primer lugar porque Robinson era británico, y después, porque la oficina de prensa me había informado de que ningún periodista podía seguir al ejército.

Estábamos seguros de que en Serbia nos acogerían bien. En cambio, descubrimos que los serbios habían leído nuestros dos primeros artículos sobre ellos y no les habían gustado. En efecto, se nos dijo que con las primeras hostilidades era probable que fuéramos expulsados del país. En aquel momento, ya estábamos hartos de los Balcanes y nos hubiéramos ido en cualquier caso.

En Salónica nada parecía haber cambiado. Nos quedamos cuatro o cinco días, pero la atmósfera no era más interesante que la vez anterior y no sabíamos si algún día llegaría a pasar algo. Al final, nos embarcamos para Italia, dirigiéndonos a casa.

Como era natural, partimos precisamente cuando los ejércitos austriaco y alemán invadieron Serbia, cuando ésta fue atacada por la espalda por Bulgaria y cuando las tropas francesas e inglesas estaban a tan sólo seis horas de navegación de Salónica. Pero nosotros abandonamos a su destino

las naciones beligerantes y nos dirigimos a Nueva York, adonde llegamos a finales de octubre.

Volviendo a repasar todo ese viaje me parece que la cosa más importante a saber sobre la guerra es cómo la viven los distintos pueblos, su ambiente, sus tradiciones y las cosas significativas que hacen y dicen. En tiempos de paz, muchas cualidades del hombre que quedan escondidas salen a la superficie durante una crisis aguda; aunque por otra parte también es verdad que numerosos rasgos individuales y nacionales resultan ahogados en períodos de gran tensión colectiva. En este libro, Robinson y yo hemos intentado simplemente contar nuestras impresiones de los seres humanos tal como los observamos en los países de Europa oriental de abril a octubre de 1915.

J. R.

Nueva York, a 20 de marzo de 1916

I

SALÓNICA



LA CIUDAD CODICIADA

El agente secreto inglés contó la vuelta del dinero que había recibido y protestó al camarero italiano, el cual, a regañadientes, sacó lo que faltaba, céntimo a céntimo, mientras gimoteaba:

—¡Ah, *signore!* ¡Soy un pobre hombre! ¡Le sirvo bien! ¡Y usted se lo queda todo!

Entretanto, sin inmutarse, el inglés continuaba su relato:

—Esto sucedía una semana antes de la declaración de guerra. La Embajada británica me había encargado localizar dos cuerpos de ejército turcos en Asia Menor. Embarqué para Kilija, en el mar Negro, a continuación viajé doce días en coche de caballos. En los pueblos adonde llegaba me presentaba como un representante de comercio inglés en busca de nuevos mercados. Pasaba horas hablando con los turcos: de arroz, de trigo, de rutas, de yute de Calcuta —no se hacen una idea de lo que puede llegar a aburrir tener que hablar siempre del yute de Calcuta— y después preguntaba lo que realmente quería saber. Cuando descubría algo interesante, telegrafiaba a la Embajada en Constantinopla, siempre encubriéndome con el yute de Calcuta. Había localizado los cuerpos de ejército; habían sido enviados a Armenia a marchas forzadas. La declaración de guerra me sor-

1. Barrio de Estambul reservado a la comunidad cristiana tras la caída de Constantinopla (1453) en manos del Imperio turco (N. de la Ed.).

prendió en Pera¹. Salí del país, siempre en coche de caballos, pero esta vez con pasaporte americano.

En el silencio que siguió, el infernal estrépito de una cuarentena de polacos lo dominó todo. Eran sobre todo mujeres y niños que llegaban de Europa, para volver a sus casas, pasando por Salónica, Niz, Sofía y Bucarest, única vía de acceso a la Varsovia aún abierta. También teníamos a bordo, rusos, un austriaco o presumiblemente tal, un alemán de mejillas señaladas con dos *schmizzes*², recuerdo de Heidelberg, que hablaba italiano con un marcado acento teutón y se hacía pasar por napolitano, un parisino acompañado, como es debido, por su querida, un periodista francés vestido como *Rodolfo* en *La Bohème*³, un diplomático búlgaro que manoseaba unas lentes de montura de concha y un lote de balcánicos que desafiaban toda descripción y cuya nacionalidad era imposible precisar.

El *Torino* era un buen buque: tres días después de nuestra partida de Brindisi, se acercaba a la costa griega más allá del Pireo. A la hora del café, pudimos divisar detrás del puerto el promontorio de Soúnion que corta las aguas del mar Egeo, aureolado de una luz blanca y coronada la cumbre por las ruinas de su templo, de un delicado amarillo, que se destacaba sobre las grandes y áridas montañas. A estribor, se extendían sobre el mar, como nubes azules, brumosas islas y, entre ellas, ondeaban inclinadas, como las alas desplegadas de las gaviotas, grandes velas dobles, blancas y rojas, sobre naves de vivos colores –con grandes pieles de toro negras extendidas en los flancos a fin de rechazar las salpicaduras– cuyas proa y popa se alzaban con orgullo mientras que el centro del casco daba la impresión de sumergirse en las olas.

¿A quién le tocaría el turno de declarar la guerra? Rumanía llamaba a filas a sus reservistas. Italia dudaba, a un paso de la decisión. Todos los pasajeros no tenían más que un te-

2.- Navajazos. La palabra alemana correcta que Reed cita de oídas es *shmitze* (N. del T.).

3.- Esto es, en plan de poeta sin fortuna (así es Rodolfo, el personaje central de la famosa ópera de Puccini estrenada en 1896) (N. del T.).

ma de angustiada discusión: si Grecia y Bulgaria iban a intervenir y de qué lado. En cualquier momento podían ser aislados de sus casas y condenados a un perpetuo errar a través de mares neutrales; podían ser hechos prisioneros al desembarcar y enviados a campos de concentración; el buque, en fin, podía ser apresado por un crucero contrario que les forzara a abandonarlo como súbditos enemigos que eran. Extraordinario espectáculo el de esas gentes que, habituadas a la comfortable vida de una civilizada y pacífica Europa, se adaptaban sin inmutarse a las condiciones medievales de su viaje. Desde la Salónica devastada por la peste, deberían hacer sesenta horas de tren en vagones de madera de tercera clase para atravesar la Serbia assolada por el tifus y marchar a lo largo de la frontera búlgara, en la que operaban las bandas fuera de la ley de los *comitadji*⁴ que saqueaban y mataban a lo largo del recorrido del ferrocarril; durante las seis horas de parada en Sofía los servicios sanitarios los mantendrían amontonados, como ganado, en sus vagones, antes de dejarlos volver a partir hacia la hostil frontera en la que rumanos y búlgaros se vigilaban celosamente desde las dos orillas del Danubio; un día, dos días más, y se estaría en Rusia, con la insoportable incertidumbre de los lentos trenes militares que se arrastraban a través del país bajo la constante amenaza del avance austriaco.

Ahora quien hablaba era un comerciante armenio de Constantinopla. Se había presentado como diplomado por la escuela de los misioneros americanos, el *Roberts College*, de la que se dice en Oriente que ha producido más hombres políticos sin escrúpulos y genios de las finanzas que ninguna otra institución en el mundo. Agitando un puro sujeto entre sus dedos, bastos y cubiertos de joyas, exponía su punto de vista personal

4.- Reed recoge el término por el que se designaban en todos los Balcanes los guerrilleros eslavos, tanto macedonios como búlgaros o serbios (N. del T.).

sobre los turcos cuyos prejuicios religiosos había explotado durante años.

—Es cierto, soy turco, como mi familia desde hace generaciones —decía—. Son muy buena gente los turcos: hospitalarios, amables y honestos. No tengo nada que reprocharles, pero, evidentemente, estoy a favor de los Aliados. Si Inglaterra toma los Dardanelos, ¡ah! ¡Habrá muy buenos negocios! ¡Habrá un montón de dinero a ganar!

Doblamos un cabo sobre cuyas verdes pendientes se escalonaban acurrucadas desordenadamente aldeas turcas con tejados de tejas rojas, cada una con su pareja de estilizados minaretes grises. Ante nosotros, las turbias aguas del golfo de Salónica se extendían hasta largas colinas que iban ascendiendo hacia el norte, formando montañas de desgarradas cimas: ¡los Balcanes!

Lejanos muros blancos, redondas torres y una hilera de deslumbrantes construcciones bordeaban la bahía. Poco a poco, una ciudad gris y amarilla se destacaba en el árido paisaje, como si trepara por una abrupta elevación que surgiera del mar, con anchos tejados de tejas irregulares y redondas cúpulas coronadas por un centenar de minaretes. Una ciudad rodeada por la gran muralla almenada edificada en tiempos del Imperio latino: ¡Salónica, la puerta oriental de la guerra!⁵

Un gran buque de guerra francés estaba amarrado en la dársena. Sus grúas giraban lentamente descargando los cañones de las torretas en el muelle, donde grupos de marineros franceses trabajaban martilleando entre la pálidas llamas de las fraguas.

Nuestro amigo armenio lo señaló sonriendo:

—Viene de los Dardanelos —explicó—. Cuando pasé, hace nueve días, ya estaba aquí ¡Y dicen que Salónica es un puerto neutral!

El viento nos traía el pregón de los mozos de cuerda árabes, los gritos del bazar, los extraños cantos entonados por

5.- El Imperio latino fue el efímero dominio impuesto, entre 1204 y 1261, sobre Bizancio y la parte oriental del Mediterráneo, por la entonces poderosísima República de Venecia. (N. de la Ed.).

los marinos de las costas del Asia Menor y del Mar Negro al izar las velas latinas de sus embarcaciones, de proas decoradas con ojos cuya forma parece más antigua que la historia; un muecín llamando a los fieles a orar; rebuznos de asnos y flautas y tambores que tocaban una gemebunda música de danza desde alguna casa con celosías, allá arriba en el barrio turco. A menos de doscientos metros de nosotros, enjambres de barcas multicolores, tripuladas por morenos piratas descalzos, se atropellaban violentamente en medio de un gran concierto de agudas algaradas.

Una chalupa, arbolando pabellón griego, llevaba al oficial de sanidad. Saltó a la escalera gritando:

—Todos los que desciendan a tierra deberán quedarse allí. La ciudad está en cuarentena. ¡Hay peste!

Ahora el pabellón amarillo ya estaba desplegado en nuestro mástil mayor mientras que las abigarradas barcas se precipitaban hacia nosotros; en cada una de ellas, hombres morenos, semidesnudos, de pie, con fez y turbante, se animaban a gritos y maldecían a sus competidores. Una gran barca, arbolando en su popa bandera rusa, se abalanzó directamente sobre nosotros; un gigantesco cosaco se sostenía bien derecho en ella, dentro de su larga capa carmesí ribeteada de piel; un gorro alto, igualmente de piel y galoneado de rojo y oro, cubría su gran cabeza; llevaba bandoleras de plata y portaba un enorme sable curvo, también de plata, y pistolas de culata plateada a la cintura. Otra embarcación, ondeando pabellón búlgaro, transportaba a los *kavas* (empleados) del Consulado de Bulgaria vestidos de azul marino con cintas y borlas de plata. Bajamos por la pasarela arrastrando como pudimos nuestros equipajes: veinte manos rapaces se los disputaron hasta que el barquero más fuerte se los llevó y los lanzó a su barca con un grito de triunfo. El viento del sur se estaba levantando y cuando abandonábamos el abrigo de la nave, pequeñas olas de un gris amarillento superaron la borda y nos salpicaron. Tras pagar unos exorbitantes aranceles de entrada, nos abrimos camino, al fin, en tierra firme.

Entre ultramodernos tranvías y lujosas calesas con neumáticos conducidas por árabes con turbantes, paseaban las veladas mujeres de los harenes turcos, mientras mozos de cuerda, vestidos con el legendario taparrabos y el macuto de Simbad el Marino, corrían encorvados bajo el peso de máquinas de escribir y de fonógrafos. Estábamos en Salónica, la Salónica en la que Pierre Loti (novelista francés) encontró a Aziyadé (personaje de Loti), en la que el Este y el Oeste se encuentran frente a frente.

Es la antigua Tesalónica. Aquí botó Alejandro sus flotas. Había sido una de las ciudades libres del Imperio romano; una metrópolis bizantina sólo superada por Constantinopla y el último baluarte de aquel romántico Imperio latino, donde los vencidos restos de los cruzados, derrotados, se aferraron desesperadamente al Levante que habían ganado y perdido. Hunos, eslavos y búlgaros la asediaron; sarracenos y francos asaltaron esa, hoy ruinoso, muralla amarilla, masacraron y saquearon en esas sinuosas calles; griegos, albaneses, romanos, normandos, lombardos, venecianos, fenicios y turcos la gobernaron sucesivamente y San Pablo la agobió con sus visitas y epístolas. Austria casi la conquistó en la Segunda Guerra balcánica, Serbia y Grecia rompieron la Liga balcánica para apoderarse de ella y Bulgaria se lanzó a una desastrosa guerra para poseerla⁶.

6.- Aunque Austria no llegó a intervenir en la Segunda Guerra balcánica que, entre junio y agosto de 1913, enfrentó a Serbia, Montenegro, Grecia, Rumanía y Turquía contra Bulgaria, sí que ofreció ayuda a esta última a cambio, posiblemente, entre otras compensaciones, de que, al término de ella se le cediera Salónica, tal como daría a entender sutilmente lo escrito por Reed. Alemania e Italia, los otros dos socios de Austria-Hungría en la Triple Alianza firmada entre las tres potencias en 1882, impidieron finalmente la entrada en liza de esta última, justamente cuando el Ejército búlgaro, dueño por entonces de la mayor parte de Macedonia, avanzaba ya por territorio griego hacia la ciudad. La Liga balcánica había sido constituida en 1912, por Serbia y Bulgaria, en contra de las aspiraciones expansionistas austro-húngaras sobre los territorios europeos del Imperio turco en agonía. En marzo de ese mismo año, Grecia y Montenegro ingresaron en la Liga que declaró, al siguiente mes de octubre, la guerra a Turquía. Esta Primera Guerra balcánica se saldó con la derrota, en toda la línea, de esta última, pero en 1913 la monarquía búlgara, espoléada por los éxitos militares conseguidos, atacó a traición a Serbia, desencadenándose la Segunda Guerra balcánica que puso fin a la Liga (N. de la Ed.).

Salónica no es ciudad de ninguna nación y es ciudad de todas las naciones: es cien ciudades, cada una con un pueblo diferente, con costumbres y una lengua diferentes. A media altura de la abrupta colina se encuentran las tortuosas calles y los balcones de celosías de la ciudad turca; al noroeste, el barrio búlgaro en ruinas; los rumanos viven abajo y los serbios cerca de la bahía. Al este, agrupados alrededor del hipódromo, se hallan los auténticos griegos que guardan, inalteradas, desde hace mil quinientos años, las tradiciones helenas y bizantinas, y en el oeste residen los albaneses, ese misterioso pueblo que se supone que huyó de Asia al oeste a la caída de los reinos hititas.

Pero todo el centro de la ciudad está ocupado por una gran comunidad de judíos expulsados de España por Fernando e Isabel⁷. Hablan el castellano del siglo xv, escriben en caracteres hebraicos y la lengua de la sinagoga es igualmente el castellano; pero la mitad de ellos se hicieron musulmanes hace siglos, para complacer a sus dueños los turcos y, ahora que éstos se han ido, viven en un laberinto de místicas sectas que practican la magia negra y una mezcla, siempre cambiante, de todas las religiones.

Los hombres llevan babuchas que producen un roce al caminar, una larga gabardina y un alto sombrero de fieltro rodeado de un turbante. Las mujeres se visten con faldas muy floridas, elegantes camisas blancas recubiertas de chaquetas de seda ligera orladas de piel, con collares y pendientes de oro, gorros de seda verde bordados con perlas, para ocultar sus cabellos, y pesados adornos de latón así como cintas de vivos colores que indican si son solteras, casadas o viudas. Sus casas también son diferentes. Recuerdan un rincón soleado de la rica judería de Toledo, hace quinientos años.

En las estrechas calles, ruidosas y atestadas, se hablan todos los idiomas del mundo occidental; el español es la

7.- Reed se refiere a los judíos sefardíes (de *Sefarad*, España), expulsados por los Reyes Católicos el año 1492 y asentados, a continuación, en el norte de África, los Balcanes, Anatolia y los Países Bajos (N. de la Ed.).

lengua comercial entre autóctonos; el francés, la lengua internacional; el empuje germánico hacia el este ha hecho que el alemán sea de uso común; el italiano es el lenguaje refinado de las clases superiores; es preciso comprender el árabe y el turco, pues los criados son árabes y turcos; el griego es universal y el serbio, el albanés y el búlgaro, corrientes, pues Salónica ha sido durante largo tiempo el puerto de todos los Balcanes.

Una noche, estábamos sentados en un *music-hall*, bebiendo nuestra *mastica*, una especie de absenta griega. A la cabeza del programa, había una *chanteuse* griega que cantaba canciones de amor rumanas en español; la sucedieron bailarines rusos y después un actor de Viena que hablaba en francés. También actuaba un cómico americano que llevaba siete chalecos y que se los quitaba uno tras otro, enseñando, cada vez, una frase chistosa, escrita a la espalda, siempre en caracteres hebreos.

En la Place de la Liberté, las pequeñas mesas de los cafés se despliegan al sol hasta la mitad de la calzada y, a los acordes de una orquesta militar griega, bebe y se pasea toda la pintoresca fauna con la que la historia y la guerra han inundado Salónica. Al lado de los griegos, hay oficiales franceses, ingleses, rusos y serbios, con uniforme de gala y sable al cinto, elegantes jóvenes expulsados de Belgrado por la guerra y la epidemia, y *kavas* bárbaros de todos los consulados mezclados con mozos de cuerda con sus piernas al descubierto, pescadores salidos directamente de las *Mil y una noches*, popes ortodoxos griegos, *haci* (hombres santos) musulmanes, rabinos judíos con sombrero y barba rituales, mujeres con velo, turcos y espías alemanes. Al norte, la calle de la Libertad conduce al *Çarşı*, el bazar lleno de gritos en el que, en la penumbra, turcos sentados con las piernas cruzadas deslizan entre sus dedos el ámbar viejo, las esmeraldas de segunda calidad y las telas de Buhara y de Samarcanda. En la parte de abajo de la estrecha calle, recubierta de un tejado y resplandeciente con todos

los colores de la paleta oriental, entre increíbles escaparates en los que se apilan montones polvorientos de oro viejo y turquesas agrietadas, se abre, a la izquierda, la calle de los Plateiros, en la que ancianos barbudos se inclinan sobre altas mesas martilleando pequeños lingotes de plata pura. Por la tarde, el bullicio y los gritos llenan las callejuelas del bazar: voces de los porteadores árabes aplastados bajo el peso de los fardos y las cajas, un criado que abre camino a algún rico propietario del campo, vestido de blanco lino, con un collar de bolas de oro macizo alrededor del cuello y subido en una mula con barda roja y azul; vendedores de limonada tocados con fez que llevan aguamaniles de latón a la espalda y cubiletes, también de latón, que tintinean a sus costados, tenderos que se interpelan desde una acera a otra, chicos vendedores de diarios que anuncian las últimas noticias.

A través de la calle que antiguamente fuera un tramo de la gran vía romana que iba del Adriático a Oriente, tras las ruinas del arco del triunfo en mármol en el que están representados guerreros griegos, elefantes, camellos y pueblos poco conocidos de más allá del Indo, nos perdimos en un dédalo de tortuosas callejuelas. De golpe, desembocamos en un pequeño mercado, de forma irregular, encajonado entre tiendas y casas apretadas las unas contra las otras. Bajo unos enormes plátanos, había un indescriptible desbarajuste de pequeños puestos de venta al abrigo de desastrados toldos, en los que peces dorados, azules y plateados se amontonaban sobre hojas verdes, entre cestas de huevos, pilas de verduras marrones y verdes y pirámides de pimientos. Jaulas de pollos, de las que salían débiles píos, colgaban de las ramas de los árboles, cerdos con las patas atadas chillaban y campesinos macedonios, con camisa de lino, bordada con hilos coloreados y mujeres judías, envueltas con brillantes sedas de pálidos tonos, turcos y zíngaros, comerciaban, disputaban, robaban verduras cuando el vendedor les daba la espalda y se abrían paso tambaleándose entre la multitud bajo el peso del cesto, excesivamente cargado, que mantenían en equilibrio sobre su cabeza.

Tomamos un café en un pequeño y sucio local griego que daba al mercado. Había un soldado griego que, tras observarnos durante un tiempo, se decidió, al final, a dirigirnos la palabra.

—¿De dónde vienen? —preguntó—. ¿Qué hacen aquí?

Se lo explicamos. Su rostro se iluminó y nos estrechó la mano.

—Yo pasé ocho años en América —dijo—. Mi hermano tiene una confitería en Mason City, en Iowa; estuve en todas partes: en Kansas, Colorado, Nueva York, Illinois. Allí, en Illinois, fui limpiabotas en un salón de Springfield.

—¿Volverá? —le preguntamos.

—¡Claro que volveré! —gritó sonriendo— Vine aquí para combatir en la guerra de los Balcanes y sólo me quedan tres meses más de servicio en el ejército. ¡Después, estoy libre! ¡Volveré al país libre, al gran país, mi país: América!

—Tómese algo con nosotros —dijimos.

Negó con la cabeza:

—No, son ustedes quienes van a tomar una copa conmigo. Éste es el restaurante de mi padre. En América, los americanos siempre me recibieron bien, por tanto me gusta recibir bien a los americanos. Me llamo Constantino Chakiris.

Otros dos soldados se nos unieron y se sentaron con nosotros. Tuvieron una apasionada conversación con Constantino y después nos dirigieron un verdadero torrente de palabras excitadas.

—Estos muchachos no saben inglés —explicó Constantino—. Pero éste de aquí tiene seis hermanos en América y ese otro tiene allí a su hermana y a su padre. Los dos dicen que América es un gran país, un país poderoso, y que irán allá tras la guerra.

—¿Quieren que Grecia entre en la guerra? —preguntamos.

—No —negó con la cabeza—. Macedonia no quiere la guerra; queremos paz en Grecia.

—¿Qué piensan de Venizelos?

Se rió:

—Venizelos quiere la guerra. Si fuera por él, yo ya estaría muerto. Queremos a Venizelos; es quien nos ha liberado. Pero

no queremos la guerra. ¿El rey? ¡Oh!, no nos importa, no pinta nada.

—En la Nueva Grecia no sabemos nada de política. Nunca hemos votado todavía, ¿qué quieren, pues, que sepamos de política?⁸ ¡Oh!, ¡me gusta América! —continuó con tono entusiasmado.

—En América, mis amigos son como hermanos; aquí no hay vida para un hombre, no hay dinero a ganar —se detuvo un momento antes de concluir—. Somos macedonios. Somos hijos de Alejandro Magno.

A la noche, volviendo al hotel por la calle oscura, nos cruzamos con otros dos soldados griegos. Habían pasado ya de largo cuando uno de ellos se volvió y dijo:

—Te apuesto lo que quieras a que esos dos tipos de allí son americanos.

—*Hello, Bill!* —gritamos nosotros.

—*Hello!* —Volvieron atrás—. Ya sabía yo que eran americanos. Viví siete años en los Estados Unidos. Aún me quedan dos años de servicio en el ejército, y después vuelvo allí.

—¿Queréis que Grecia declare la guerra?

—¡Claro que lo queremos! Tomaremos Constantinopla. Nuestro rey se llama Constantino y una vez Constantinopla fue griega. ¿Se acuerdan de eso?⁹ Volveremos a Constantinopla con Constantino. ¡Vamos a combatir! Por supuesto que nos gusta combatir... ¡contra Serbia, Bulgaria, Rumanía, Italia...! ¡Contra todo el mundo!

—¿De dónde sois?

8.- Grecia entraría en la guerra, del lado de los Aliados en 1917, precisamente de la mano del Gobierno del nacionalista Eleutherios Venizelos (1864-1936), nombrado de nuevo primer ministro, en junio de dicho año, por Alejandro I el cual acababa de suceder en el trono a su padre Constantino I quien se vio obligado a abdicar a causa de sus simpatías declaradas por los Imperios Centrales que en aquel momento estaban siendo claramente derrotados. Por «Nueva Grecia», se alude a la Grecia moderna (que conquistó su independencia, frente al Imperio turco, en 1830), en contraposición con la de la antigüedad (N. de la Ed.).

9.- Bizancio (que pasó, a partir de entonces, a denominarse Constantinopla y que, ya bajo el actual nombre de Estambul, es la capital de Turquía desde 1923) fue proclamada capital del Imperio romano por el emperador Constantino el Grande, en el año 330. La tradición griega concede gran importancia a este acontecimiento y la religión ortodoxa venera, como santo, a Constantino (N. de la Ed.).

—¡De Esparta!

Durante esos días en los que surcamos Salónica en todos los sentidos, decenas de personas nos interpellaron en americano: soldados, tenderos e incluso chicos vendedores de periódicos. En la planta baja del hotel había un suntuoso salón de limpiabotas tapizado, presidido por un griego de altivo mostacho.

—¡Hola muchachos! —dijo— ¡Es un placer verles! ¡Ésta es la sucursal de la tienda de Georges, en la calle 42 de Nueva York. George, es mi hermano.

Se negó a que le pagáramos el servicio.

Las tiendas estaban llenas de calzados americanos con la puntera reforzada, de uniformes de colegios americanos con hombreras y llenos de botones hasta en los lugares más inesperados, de relojes americanos a un dólar y maquinillas de afeitar americanas.

Aparentemente la totalidad de la población masculina de Salónica había estado en América.

—¡América, el país libre en el que uno se vuelve rico! Sí, somos griegos. Estamos orgullosos de ser griegos —decían encogiéndose de hombros—. Pero no se puede vivir en Grecia.

—Y todos van a volver allí en cuanto la guerra acabe y hayan terminado su servicio militar.

En Serbia, en Bulgaria, en Rumanía encontramos a otros que, como ellos, habían estado en América y habían traído de allá la misma fiebre. Ese sentimiento feroz e irracional que se denomina patriotismo era muy fuerte entre ellos: amaban a su país y estaban dispuestos a morir por él, pero ya no querían vivir allí. Habían paladeado América; habían vivido la experiencia de una civilización en la que el futuro de un mundo nuevo es todavía una aventura que no se ha intentado.

II

LA PUERTA ORIENTAL DE LA GUERRA

Era por aquí que pasaban la Cruz Roja americana y las misiones médicas extranjeras para alcanzar la Serbia devastada por el tifus: grandes médicos veteranos y robustas enfermeras que se reían del peligro y se jactaban de sus futuras hazañas; pero también supervivientes, demacrados, temblorosos, que volvían para explicar la muerte de sus camaradas.

Llegaban continuamente. En el curso de nuestra estancia en Salónica, desembarcaron tres nuevas misiones británicas, ciento diecinueve personas en total. Jóvenes muchachas sin la menor formación y sin el menor equipamiento, sin la menor idea de lo que iban a afrontar, que exploraban las pintorescas calles y los bazares.

—No, yo no tengo ninguna experiencia en el trabajo de enfermera —decía una de ellas—. Pero no debe ser muy difícil, ¿no?

Oyéndola, un teniente del *British Royal Army Medical Corps* (Cuerpo Sanitario del Ejército Real Británico, RAMC) movió la cabeza con desespero.

—¡Están completamente chiflados en Inglaterra, al dejarlas venir! —exclamó— Significa su muerte casi segura. Y no só-

lo son inútiles sino que también son las primeras en caer enfermas y después las tenemos que cuidar.

Naturalmente un nuevo rumor circulaba cada cinco minutos. Día y noche, efímeros periódicos inundaban las calles y los cafés con sus rimbombantes títulos:

¡HA CAÍDO CONSTANTINOPLA!

¡CUARENTA MIL INGLESES MUERTOS EN LA PENÍNSULA!

**¡LOS REVOLUCIONARIOS TURCOS
MASACRAN A LOS ALEMANES!**

Una noche, un grupo de excitados soldados, enarbolando banderas, recorrió el paseo marítimo vitoreando y gritando: «¡Grecia ha declarado la guerra!».

La ciudad estaba infestada de espías. Alemanes de rasurados cráneos, con cicatrices de navajazos en el rostro, que pretendían ser italianos; austriacos que, llevando sombrero tirolés verde, se hacían pasar por turcos; ingleses de estúpidas maneras que se instalaban en los cafés hablando y bebiendo para espiar las continuas conversaciones en seis lenguas que trataban precisamente de ellos; musulmanes exiliados del partido de los Viejos Turcos¹ que conspiraban en los rincones, y agentes griegos del servicio secreto que cambiaban de traje quince veces por día y modificaban la forma de su mostacho.

De vez en cuando, llegando del Este, un barco de guerra francés o inglés hendía lentamente la lisa superficie del mar y amarraba en los muelles para hacer reparaciones. Entonces la ciudad se llenaba, día y noche, de marineros borrachos.

Por tanto, Salónica era todo salvo neutral. Además de la constante presencia de oficiales en las calles, cotidianamente se podía ver cómo entraban a puerto navíos ingleses, cargados con

1.- Corriente conservadora que se oponía a la reforma del Imperio turco (N. de la Ed.).

municiones destinadas al frente serbio. Cada día, vagones repletos de cañones ingleses, franceses y rusos desaparecían en dirección a las sombrías montañas del Norte. Vimos, en un vagón especial, a la lancha cañonera inglesa comenzar su largo viaje hacia el Danubio. Los aviones franceses transitaban por el puerto, acompañados de centenares de pilotos y *mécaniciens* (mecánicos) y de soldados de infantería de marina británicos y rusos.

Durante todo el día afluían refugiados, exiliados políticos de Constantinopla y de Esmirna, europeos de Turquía, turcos que temían la gran explosión que seguiría al hundimiento del Imperio, griegos del Levante. De Lemnos y Tenedos, barcos de refugiados traían la peste, llegada, a aquellas islas, con las tropas indias², y ésta continuaba haciendo estragos en los superpoblados barrios bajos de la ciudad. Siempre se veía, desfilando por las calles, lastimosas procesiones: hombres, mujeres y niños con los pies ensangrentados que renqueaban al lado de desjuntadas carretas en las que se amontonaba lo que quedaba de los enseres de una choza de campesinos. Centenares de popes griegos de los monasterios de Asia Menor, con túnicas negras hechas jirones y tocas amarillas cubiertas por el polvo, arrastraban los pies, envueltos en trapos, cargando con todos sus bienes en un saco de yute echado sobre los hombros. En los concurridos patios de las antiguas mezquitas, bajo las arcadas pintadas en rojo y azul, sólo en parte tapadas con velo y con un chal negro ciñendo sus cabellos, se apiñaban mujeres, con la mirada vacía o llorando en silencio por sus hombres arrebatados para el ejército, mientras los niños jugaban sobre las tumbas de los *haci* invadidas por las malas hierbas, y sus escasos bártulos personales permanecían apilados en un rincón.

Una noche, muy tarde, paseábamos por el barrio de los muelles y almacenes, desiertos tras la ruidosa agitación de la jornada. De una ventana, débilmente iluminada, salía un soni-

2.- Entiéndase, las tropas del ejército colonial del Imperio británico (N. del T.).

do de palmas y cantos, y miramos a través del ennegrecido cristal. Era un bar de marinos, una sala de techo bajo y suelo de tierra apisonada, con una mesa y taburetes de tosca madera, montones de negras botellas, toneles y una lámpara de petróleo que echaba humo colgada de la bóveda. Alrededor de la mesa, estaban sentados ocho hombres, salmodiando una lastimera canción oriental mientras seguían el ritmo con sus vasos. De repente, uno de ellos percibió nuestros rostros en la ventana; inmediatamente se detuvieron y se levantaron. La puerta se abrió bruscamente y de ella salieron unas manos que nos arrastraron adentro.

—*Entrez!* ¡Pasen ustedes! *Herein! Herein!* —gritó el corrillo que nos rodeó ávidamente desde el mismo momento en que entramos.

Un hombre pequeño y calvo, con una berruga en la nariz, no nos soltaba las manos mientras hablaba atropelladamente en un popurrí de lenguas:

—¡A beber! ¡A beber! ¿Qué les puedo ofrecer, amigos?

—Pero somos nosotros quienes les invitamos a ustedes... —empecé a decir.

—¡Ésta es mi casa! ¡Ningún extranjero paga en mi casa! ¿Vino? ¿Cerveza? ¿*Mastica?*

—¿Qué son? —preguntaron los otros— ¿Franceses? ¿Ingleses? ¡Ah! ¡Americanos! Tengo un primo que vive en California. Se llama Georgopoulos. ¿Lo conocen?

Uno hablaba inglés; otro una especie de argot marítimo francés; un tercero, napolitano; un cuarto, español del Levante y el resto un rudimentario alemán; todos sabían griego y el extraño lenguaje de los marinos del Mediterráneo. Los azares de la guerra les habían llevado, desde los cuatro rincones del mundo, hasta ese oscuro tugurio de los muelles de Salónica.

—Es gracioso —dijo el hombre que hablaba inglés—. Estamos aquí por azar, ninguno de nosotros conocía a los otros antes. Y todos, los siete, somos carpinteros. Yo soy griego de

3.- Escútari forma parte actualmente de la aglomeración urbana de Estambul (N. de la Ed.).

Kilija, en el mar Negro; él es griego y estos dos también: de Efeso, de Erzurum y de Escútari³. Este hombre es italiano, vive en Alepo, en Siria, y ése es francés de Esmirna. Ayer por la noche, estábamos, como ahora, sentados aquí y se asomó por la ventana, como ustedes.

El séptimo carpintero, que todavía no había dicho nada, pronunció algunas palabras que se parecían a un dialecto germánico. El patrón del local tradujo:

—Es armenio. Dice que su familia fue masacrada por los turcos. Intenta hablarles en el alemán que aprendió trabajando en el ferrocarril de Bagdad.

—¡Allí —exclamó el francés— dejé a mi mujer y a mis dos niños! Huí escondiéndome en un barco de pesca...

—Dios sabe dónde está mi hermano —el italiano movió tristemente la cabeza—. Le cogieron los soldados. No fue posible escapar juntos.

El dueño nos trajo de beber y todos levantamos nuestros vasos en su honor: su rostro resplandecía de felicidad.

—Es así —explicó gesticulando el italiano—. No tenemos dinero. Y él nos da de comer y de beber, y dormimos aquí en el suelo, como lo que somos: pobres refugiados. ¡Seguro que Dios le recompensará por su caridad!

—Sí, sí. Dios le recompensará —asintieron los demás bebiendo mientras el patrón se santiguaba a la complicada manera ortodoxa, nada sencilla.

—Dios sabe que me gusta la compañía —explicó—. Y, en los tiempos que corren, uno no puede dar con la puerta en las narices a personas que tienen necesidad, sobre todo cuando son hombres de tanto talento. Además, un carpintero se gana bien la vida cuando trabaja: me pagarán algún día.

—¿Quieren que Grecia declare la guerra? —preguntamos.

—¡No! —gritaron unos— Otros sacudieron la cabeza con un aire incómodo.

—Lo que sucede —dijo lentamente el griego que hablaba inglés— es que esta guerra nos ha arrastrado lejos de nuestra casa y de nuestro trabajo. Ahora ya no hay trabajo para los carpinteros. La guerra lo destruye todo y no construye nada. Y

un carpintero lo que precisamente sabe es construir. —tradujo para el silencioso auditorio que le aplaudió calurosamente.

—Y, entonces, ¿Constantinopla?

—¡Constantinopla es de Grecia! ¡Constantinopla griega! —gritaron dos carpinteros. Pero los otros se lanzaron a una animada discusión.

El italiano se levantó y alzó su vaso:

—*Eviva Constantinopoli internazionale!* —gritó.

Todo el mundo se levantó para corear:

—*Constantinopoli internazionale!*

—¡Vamos! —dijo el patrón— ¡Una canción para los extranjeros!

—¿Qué estaban cantando cuando hemos llegado? —preguntó Robinson.

—Una canción árabe. ¡Ahora, vamos a cantarles una verdadera canción turca! —echaron la cabeza atrás y todo el grupo entonó un largo gemido, picando con los dedos sobre la mesa mientras entrechocaban los vasos.

—¡Otra ronda! —gritó el tabernero entusiasmado— ¡No se canta sin beber!

—¡Dios le recompensará! —corearon los siete carpinteros con la voz ronca por la emoción.

El italiano tenía una potente voz de tenor: cantó *La donna è mobile* y los demás se le unieron acompañándole con improvisaciones orientales. Nos pidieron una canción americana y Robinson y yo cumplimos con un *John Brown's Body*, que fue repetido cuatro veces.

Después, el baile siguió a los cantos. A la temblorosa luz de una lámpara en agonía, el patrón condujo un terceto que pataleó el *kolo*, baile popular en todos los Balcanes. Las gruesas botas golpeaban el suelo, los brazos se agitaban, los dedos chasqueaban y las andrajosas ropas flotaban entre la oscura penumbra y el resplandor amarillo de la luz... Le sucedió un

4.- El *boston* era una especie de vals, ligero y gracioso, que había empezado a bailarse en la ciudad norteamericana del mismo nombre. El *turkey trot* (literalmente «paso turco») era otro baile de pareja de moda por entonces (N. del T.).

ritmo árabe, que hacía oscilar los cuerpos y dar, a tirones, pasos y volteretas con los ojos cerrados. A la madrugada dábamos, a la compañía, lecciones de *boston* y de *turkey trot*⁴... Así terminó nuestra aventura con los Siete Carpinteros de Salónica.

Al final de la tarde, paseamos en medio de la algarabía del *Çarşı*, después de la prefectura –allá donde los centinelas montan guardia con falda blanca de bailarina y puntiagudas babuchas de borlas verdes– y después ascendimos por las escarpadas y sinuosas calles de la ciudad turca. Superamos la pequeña mezquita rosa de la esquina, con su gran ciprés y su minarete gris; subimos por las callejuelas orilladas de *şanicar* (balcones cubiertos) tras los cuales misteriosas mujeres, sin duda todas extrañamente bellas, reían ahogadamente y susurraban. En el interior de los *han*⁵ pudimos entrever largas hileras de asnos cargados que entraban y salían, albardas apiñadas y turcos y campesinos sentados a la sombra, con las piernas cruzadas, ante sus cafés. Sobre el empedrado del patio, se recortaban, con frecuencia, negras sombras, y unas mujeres pasaban rápidamente bajo el sol con una tinaja de tierra pintada al hombro. Más allá se encontraba el mercado turco, con su multitud desocupada y apacible. En una calle en la que se alineaban, a ambos lados, los puestos de los carniceros, las cestas de los pescaderos y montones de verduras y numerosos pollos, se encontraban los cafés en los que los comerciantes fumaban sus *çubuk*⁶. Allí se podían ver *haci*, los hombres santos con turbante verde que habían hecho el peregrinaje a La Meca; derviches que daban giros en torno a sí mismos, cubiertos con altos sombreros grises y resplandecientes túnicas de color ceniza; asimismo las ropas de rojo pálido, las pieles de oveja y el lino de color crema de los campesinos

5.- Lugar recintado y, a veces, cubierto por toldos, en el que se alojan las caravanas durante la noche o en los momentos de descanso (N. del T.).

6.- Uno de los tipos de pipas orientales (N. del T.).

llegados de sus pueblos e imberbes eunucos que seguían a las mujeres con velo de los harenes.

Más allá, la pavimentada calle se tranquilizaba de forma repentina. Aquí, las ventanas de celosías cuchicheaban y el silencio no era turbado más que por el paso ocasional del asno de un vendedor ambulante; escasas mujeres, de velado rostro, iban a la fuente, con un cántaro apoyado en la cadera. Inesperadamente, la subida desembocaba en una pequeña plaza irregular, a la sombra de un viejo e inmenso árbol, en la que dos o tres cafés minúsculos daban cobijo a turcos que fumaban y meditaban, mientras que otros se acurrucaban al borde de la acera hablando lentamente en voz baja. Nos miraban sin curiosidad, indiferentes, y volvían a sus asuntos.

Arriba, la gran muralla amarilla lo dominaba todo y sus recortadas almenas se dibujaban sobre el cielo azul de una cálida tarde. Pasamos por una brecha practicada por los habitantes, en el curso de los siglos, al coger piedras para construir sus casas, y contemplamos el panorama de las verdes colinas: lejanas pendientes en las que pastaban rebaños de ovejas. En el horizonte, hacia el norte, brillaban las púrpuras montañas más allá de las cuales la guerra y la epidemia hacían estragos. Más cerca, se diseminaban las tiendas de un campamento zíngaro y en un rincón de tierra, con hierba, unos hombres descalzos, con calzones rojos y turbante amarillo, saltaban jugando a la pelota. Hileras de mulos con cascabeles, seguidas por unos campesinos vestidos de lino, seguían sutiles pistas que conducían a invisibles aldeas, en alguna parte más allá de la línea del horizonte.

Un viejo turco salió de una pequeña choza construida al pie de la gran muralla. Nos saludó haciendo una reverencia, entró en su casa y nos trajo dos sillas de madera. No le volvimos a ver más que en el momento en que nos levantamos para reemprender la marcha, cuando salió otra vez, nos saludó y recuperó sus sillas. Intenté darle algunas monedas, sólo meneó la cabeza sonriendo y dijo algo que no entendimos...

El sol descendía inundando de rayos de luz dorada los prados y el límpido cielo sin nubes. Tomamos un sendero que serpenteaba entre miserables casas de piedra y llegamos a un espacio despejado con un magnífico panorama de la ciudad, dispuesta en gradas que iban deslizándose hacia el mar. En medio del denso murmullo de una ciudad oriental que subía desde sus invisibles calles, se divisaba una inmensidad de tejados de rojo pálido, balcones con voladizo, blancas cúpulas redondeadas, agujas, torres ortodoxas coronadas de bulbos y minaretes que se alzaban delicadamente al lado de altos cipreses. A la orilla del agua se levantaba la torre, redonda y blanca, de la muralla veneciana y, más allá, se extendía un revuelto mar, de color jade de China, salpicado de inclinadas velas, amarillas, blancas y rojas. Al sur, cerrando el golfo, la desgarrada masa de tierras griegas coronadas por el potente monte Olimpo, cubierto de nieve y siempre velado por nubes. A la derecha, las doradas murallas se sumían majestuosamente en el valle y remontaban la ladera de la colina, siguiendo hacia el oeste durante kilómetros. El plateado río Vardar discurría perezosamente en la llanura de sauces; más allá se desplegaban las marismas en las que, hace algunos años, los *comitadji* búlgaros, en lucha por la liberación de Macedonia, acorralaron a todo un cuerpo del ejército turco y al límite de la vista, las abruptas montañas de Tesalia.

La oscuridad llegó de forma súbita. En un instante, la blanca cima del Olimpo resplandeció con un rosa sobrenatural que se extinguió poco a poco. En el cielo infinito millones de estrellas se iluminaron repentinamente; la luna creciente brillaba en medio de la noche. Por debajo de nosotros, los mucines salieron a los pretiles de diecisiete minaretes con minúsculos farolillos amarillos y los izaron bamboleantes sobre sus mástiles. Desde el lugar en que estábamos, podíamos oír cómo sus voces, agudas y disonantes, llamaban a los fieles a la oración:

—¡Dios es grande! ¡Dios es grande! ¡Dios es grande! ¡Dios es grande! ¡Soy testigo de que no hay otro dios que Dios! ¡Soy testigo de que no hay otro dios que Dios! ¡Soy testigo de que

Mahoma es su profeta! ¡Soy testigo de que Mahoma es su profeta! ¡Orad! ¡Orad! ¡Venid hacia la salvación! ¡Venid hacia la salvación! ¡Es más justo rezar que dormir!...

Hoy la ciudad turca declina y el tranquilo curso de su vida se reduce, año tras año, ante el flujo ascendente de los griegos curiosos y activos. Las mezquitas caen en ruinas una tras otra y cada mes un nuevo minarete, desde el que el muecín llamaba desde hacía siglos a la plegaria, deviene mudo y desierto. La Meca ha devenido igualmente lejana e impotente y, cualquiera que sea la salida de la guerra, Estambul ya no reinará nunca más sobre Salónica; los turcos de Salónica agonizan. La ciudad misma agoniza: está separada de tierra adentro, las fiebres suben periódicamente desde las marismas del Vardar que discurre por debajo de ella, el limo invade lentamente su magnífico puerto y la voraz corriente del río devora ya la ciudad. Bien pronto Salónica ya no valdrá una guerra.

II
SERBIA



1.- Sólo en la primavera de 1915, periodo durante el cual Reed atraviesa el país, el tifus causó en Serbia 300.000 muertos (el 9% de la población) (N. de la Ed.).

III

EL PAÍS DE LA MUERTE

Bañados en aceite alcanforado de pies a cabeza, con los cabellos ungidos de queroseno y nuestros bolsillos y maletas atiborrados de bolas de naftalina, subimos a un tren tan saturado de formol que teníamos la impresión de tener los ojos y los pulmones atacados por cal viva. Vinieron a despedirnos los americanos de la Standard Oil de Salónica.

—¡Qué lástima! —dijo Wiley— ¡Son tan jóvenes! ¿Quieren que se repatrien sus restos o desean ser sepultados allá arriba?

Tales eran las precauciones habituales de todo viaje a Serbia, el país del tifus, del tifus intestinal, de la fiebre recurrente y de la misteriosa y brutal fiebre petequial que mata al 50% de sus víctimas y cuyo bacilo aún no ha sido descubierto. La mayor parte de los médicos piensa que es vehiculizado por los piojos que anidan en la ropa, pero el teniente inglés del RAMC, que viajaba con nosotros, era escéptico al respecto.

—Pasé tres meses allí —dijo—, y hace largo tiempo que ya no tomo ninguna precaución, excepto un baño cotidiano. En cuanto a los piojos, uno coge la costumbre de pasar apacibles veladas quitándose los de encima.

Sobre la naftalina, comentó quejándose:

—De hecho los piojos la adoran. La verdad es que, sobre el tifus, nadie sabe nada, salvo que cerca de una sexta parte de la nación serbia ha muerto de él¹.

La llegada del calor y el fin de las lluvias de primavera habían empezado a limitar la epidemia y el virus se había debilitado. Ya no había más que unos cien mil enfermos en toda Serbia y sólo mil muertos por día, a los que se tenía que añadir los casos de la temible gangrena “postífica”. El mes de febrero debía haber sido espantoso; a falta de lugar en los hospitales, centenares de agonizantes deliraban en el lodo de las calles.

Las misiones médicas extranjeras no se habían salvado. Cincuenta sacerdotes habían sucumbido tras dar la extremaunción a los moribundos. De los alrededor de cuatrocientos médicos con que contaba el Ejército serbio al inicio de la guerra, quedaban menos de doscientos. Y el tifus no estaba solo. La viruela, la escarlatina y la difteria se propagaban a lo largo de las vías de comunicación y llegaban a las más alejadas aldeas. Ahora había casos de cólera, los cuales no podrían más que multiplicarse con la llegada del verano a esta devastada tierra, pues los campos de batalla, las ciudades y las carreteras estaban infectados a causa de los muertos mal enterrados, y los ríos estaban contaminados por los cadáveres de los hombres y los caballos.

Nuestro teniente pertenecía a la British Army Medical Mission (Misión Médica del Ejército Británico) enviada a combatir el cólera. Llevaba uniforme de gala y ceñía un enorme sable que le colgaba entre las piernas y le molestaba terriblemente.

—No sé qué hacer con este maldito trasto –gritó, arrojándolo a un rincón—. Ya no se lleva sable en el ejército. Pero aquí sí, porque, si no tienes sable, los serbios no se creen que eres oficial...

Mientras el tren ascendía lentamente por las descarnadas alturas, remontando las aguas amarillas del Vardar, nos explicó cómo los ingleses habían persuadido al Gobierno serbio para detener todo el tráfico ferroviario durante un mes, a fin de

prevenir la extensión del contagio; tras lo cual, habían hecho tomar medidas sanitarias en las sucias ciudades, impuesto la vacunación contra el cólera y comenzado a desinfectar a amplios sectores de la población. Los serbios se reían de ello: estaba claro que esos ingleses eran unos cobardes. Cuando el coronel Hunter, ante la imposibilidad de obtener cuarteles decentes, amenazó a las autoridades con abandonar Serbia en el caso de que uno solo de sus hombres muriera de tifus, desencadenó una tempestad de sarcasmos: ¡el coronel Hunter era un cobarde! Y los americanos también eran cobardes: habían abandonado Gevgelija después de que la mitad de sus fuerzas contrajera la enfermedad. Para los serbios, tomar medidas de prevención era prueba de pusilanimidad. Contemplaban los inmensos estragos de la epidemia con una especie de melancólico orgullo: de la misma manera que la Europa medieval consideraba la peste negra.

Como si fueran una estéril zona fronteriza entre la Macedonia griega y los altos valles de la Nueva Serbia², las gargantas del Vardar se ensanchaban, desembocando en un ancho valle rodeado de alturas rocosas, tras las cuales se levantaban montañas más elevadas de las que sobresalían, aquí y allá, picos nevados. De cada garganta brotaban rápidos torrentes. El clima de este valle era cálido y húmedo; canales de irrigación, bordeados de grandes sauces, partían del río para atravesar los campos de jóvenes plantaciones de tabaco y grandes extensiones de moreras y de labranzas de tierra pesada, rica y arcillosa, al estilo de la existente en las regiones del algodón. Aquí, cada campo, cada parcela, estaban cultivados. Más arriba, en las desnudas laderas, entre peñascos, pacían rebaños de ovejas y cabras, guardados

2.-Expresión que designa, para distinguirlo del originario reino serbio de los siglos XII-XIV, al nuevo Estado serbio que se constituyó en 1867, a raíz de que el movimiento nacionalista expulsara del país a las tropas turcas que lo ocupaban (N. de la Ed.).

por campesinos barbudos provistos de enormes cayados y vestidos con pieles de oveja que hilaban lana y seda en ruecas de madera. Pueblos irregulares, blancos y con tejados rojos destacaban a lo largo de caminos recorridos por pequeños y achaparrados bueyes y búfalos negros que tiraban de chirriantes carros. Aquí y allá, en medio de inmensos sauces verde-amarillo o perfumados almendros en flor, se veía un *konak* (palacio) con sus pórticos, propiedad de algún rico turco del antiguo régimen y, en el desorden de una aldea en ruinas, un estilizado minarete gris o la cúpula de una iglesia ortodoxa.

Todo tipo de personas se arrastraban por las estaciones: hombres con turbantes, fez y sombreros cónicos de piel marrón, hombres que llevaban pantalones turcos o largas camisas, por encima de los pantalones, de suave lino tejido en casa y chalecos de cuero ricamente obrados con volutas y flores coloreadas, o incluso trajes de espesa lana marrón realzados con negras cintas y una ancha faja, en rojo vivo, enrollada varias veces alrededor de la cintura, calzados con sandalias de cuero que se sujetaban al dedo gordo del pie y se fijaban a las pantorrillas mediante tiras también de cuero que subían hasta las rodillas; mujeres con el *yashmak* (vestido) turco y pantalones bombachos o con chaquetas de piel y de lana bordadas con vivos colores, blusas de seda cruda tejida en el pueblo, refajos de lino bordados, negros delantales de flores, pesadas faldas tejidas en bandas de deslumbrantes colores y abotonadas al dorso y pañuelos de seda amarillos o blancos en la cabeza. Muchas llevaban, como signo de duelo, un pañuelo negro. Y siempre, por todas partes, zíngaros: los hombres con una especie de brillante turbante, las mujeres con grandes pendientes de oro y abigarrados y alegres harapos como vestidos: se arrastraban por los caminos, con los pies descalzos, detrás sus carromatos, o vagaban por sus campamentos, alrededor de altas y negras tiendas.

Un barbudo alto, totalmente vestido de negro, se presentó, en francés, como oficial de los servicios secretos serbios cuyo trabajo consistía en tomarnos bajo su protección. En

ello, un joven y elegante oficial subió al vagón y le interrogó, señalándonos con un movimiento de la cabeza. El otro le respondió.

—*Dobra!* ¡Muy bien! —dijo el oficial, despidiéndose con un taconazo y un saludo militar.

—Ésta es la estación —nos explicó el agente de los servicios secretos mientras el tren volvía a ponerse en marcha— que señala la frontera. Ahora estamos en Serbia.

Percibimos de la presencia de varios hombres altos y demacrados que recorrían el andén con los fusiles en bandolera y bayoneta calada, sin otro uniforme que el quepis de soldado. Nuestro amigo alzó los hombros sonriendo:

—¿Qué quieren que les diga?, ya no tenemos uniformes en Serbia. Hemos librado cuatro guerras en tres años: la Primera y la Segunda Guerras balcánicas, la revuelta albanesa y ahora ésta... Hace tres años que nuestros soldados no se han cambiado la ropa.

Pasábamos ahora a lo largo de un estrecho campo plantado, metro a metro, de pequeñas cruces de madera que habrían podido ser tutores de viñas; desde el tren, las vimos desfilar durante cinco minutos.

—¡El cementerio de los tíficos de Gevgelija! —dijo láconicamente— ¡Debía haber millares de esas pequeñas cruces y cada una marcaba una tumba!

Después apareció, en el flanco de una colina, un gran espacio terriblemente pisoteado, acribillado de hoyos que se hundían en la tierra marrón, de los que sobresalían cabañas redondas construidas con barro. Hombres harapientos y sucios, vistiendo todas las variedades posibles de uniformes, entraban y salían de esos agujeros, llevando cartucheras cruzadas al pecho, al estilo de los revolucionarios mexicanos. Aquí y allá, había fusiles dispuestos en haces, cañones enganchados a yuntas de bueyes, una cincuentena de carros, alineados a un lado, y más lejos todavía, bueyes amarrados paciendo. Más abajo de los refugios de barro, al pie de la colina, unos hombres bebían el agua amarillenta del río, la misma agua que había atravesado los más de una veintena de pueblos infectados de valle

arriba. Alrededor de un fuego, veinte hombres, o más, acurrucados, no quitaban ojo del esqueleto de un cordero que estaban asando.

—Este regimiento ha sido enviado aquí para vigilar la frontera —explicó nuestro amigo—. La última semana los *comitadji* búlgaros intentaron infiltrarse para cortar la vía del ferrocarril. Pueden volver en cualquier momento... ¿Quiénes son los responsables? ¿El Gobierno búlgaro? ¿O son pagados por los austriacos? Aquí, en los Balcanes, nunca se sabe.

Ahora, cada cuatrocientos metros, dejábamos atrás una tosca choza hecha de barro y de ramajes ante la cual había un soldado en andrajos, de pie, demacrado y sucio, que parecía reventar de hambre pero que realizaba la guardia armado con su fusil. En toda Serbia se podían ver a esos hombres —la última leva desesperada de hombres movilizables del país— que vivían en el fango, mal nutridos y miserablemente vestidos, vigilando las líneas férreas desiertas.

La diferencia con la Macedonia griega no se notaba inmediatamente. Parecían los mismos pueblos, pero más descuidados, con tejados en los que faltaban tejas y el blanco de los muros desconchado; incluso la misma gente, pero menos numerosa y compuesta sobre todo de mujeres, viejos y niños. Sin embargo, pronto las diferencias empezaban a saltar a la vista. Las moreras estaban abandonadas, las plantas de tabaco, de un amarillo podrido, databan del año precedente; los tallos decapitados del maíz se levantaban en campos llenos de malas hierbas, cuya tierra no había sido labrada desde hacía doce meses o más. En la Macedonia griega, cada metro cuadrado de tierra arable era trabajado; aquí, apenas un campo de cada diez parecía cultivado. De vez en cuando, veíamos una yunta de bueyes, conducida por una mujer vestida con una abigarrada falda y un pañuelo de vivo amarillo, arrastrando un arado de madera tallado con una nudosa rama de roble, que era guiado por un soldado, con el fusil a la espalda.

El hombre de los servicios secretos señaló a uno de ellos:

—En Serbia, todos los hombres están en el ejército o están muertos, y todos los bueyes han sido requisados por el gobierno para arrastrar cañones y trenes. Pero, desde diciembre, desde que expulsamos a los austriacos, ya no se combate³. Entonces el gobierno ha enviado a los soldados y bueyes por toda Serbia, allá donde hay necesidad de ellos para ayudar a la labranza.

A veces, a través de detalles como éste, nuestra mente podía hacerse una idea de la realidad de ese país de muerte, tras dos sangrientas guerras que le habían quitado su juventud en flor, dos meses de encarnizada guerrilla, después esta espantosa lucha contra la mayor potencia militar del mundo y, para coronarlo todo, una devastadora peste. Sin embargo, de las ruinas de todo un pueblo, emergían ya ambiciones imperiales que podían amenazar un día todo el sur de Europa.

Gevgelija disputa a Valjevo el honor de ser el foco más virulento de la epidemia en toda Serbia. Los árboles, la estación y los edificios estaban encalados y rebozados en cal viva y centinelas armados vigilaban una empalizada tras la que se apretujaban un centenar de personas harapientas, exasperadas por la cuarentena que aislaba Gevgelija. A través de la estacada, podíamos ver una calzada de piedras en muy mal estado e invadida por el fango, bordeada de casas de una sola planta, blanqueadas por el desinfectante; una bandera negra, signo de, al menos, una muerte en la casa, colgaba de casi todas las puertas.

Un hombre grueso y bigotudo, con el cuello sucio y las ropas manchadas, cubierto con un negruzco y sucio panamá inclinado sobre los ojos, se erguía en el andén, rodeado de un denso círculo de soldados. Esgrimía una pequeña flor silves-

3.- El 28 de julio de 1914, un mes después de que nacionalistas serbios mataran, en Sarajevo, al pretendiente al trono de Austria-Hungría, Francisco Fernando, Austria declaró la guerra a Serbia. Acto seguido, el Ejército austriaco bombardeó Belgrado y cruzó el río Drina y ocupó Savac, en dirección a Valjevo. Sin embargo, la contraofensiva serbia le obligó a evacuar el país. La segunda y tercera invasiones austriacas (en septiembre y noviembre del mismo año) fueron también derrotadas, de forma que, a mediados de diciembre de 1914, Serbia había quedado libre de la ocupación de las tropas austro-húngaras (N. de la Ed.).

tre y, con gran excitación, se dirigió locuazmente al agente de los servicios secretos.

—¡Mire! Encontré esta flor en los campos del otro lado del río. ¡Es verdaderamente curiosa! ¡No la conozco! ¡Pero es evidente que es de la familia de las orquídeas! —Fijó en el agente de los servicios secretos una mirada torva y amenazadora. —¿No es de la familia de las orquídeas?

—Es cierto que tiene ciertas características de ella —respondió el otro tímidamente—. Ese gran pétalo... pero el pistilo...

El hombre gordo agitó su flor.

—¿Qué tiene que ver el pistilo? ¡Esta flor es de la familia de las orquídeas!

A su alrededor, los soldados hicieron coro.

—*Da! Orchida! Ne je orchida!*

—¡Pero, está claro que es una orquídea!

—¿Qué sabes tú de orquídeas, George Georgevitch? En Rajja, de donde vienes, ¡no crece ni la hierba!

Al oír esto, todos se rieron. Dominando el jaleo, la voz del gordo proseguía insistente y apasionada:

—¡Le digo que es una orquídea! ¡Es una nueva especie de orquídea! Desconocida por la ciencia botánica...

Robinson se dejó contagiar por el ambiente.

—¿Eso, una orquídea? —me dijo con sarcasmo—. ¡Estoy seguro de que no es una orquídea!

—¡Claro que sí que es una orquídea! —le repliqué convencido—. Es muy parecida a la *lady's-slipper*⁴ que se encuentra en los bosques americanos...

El gordo se giró y, con mirada airada, empezó a hablar en un forzado inglés.

4.- Se trata del chapín de Venus, hierba vivaz de la familia de las orquídeas (N. del T.).

5.- En términos geográficos, un *panhandle* es el brazo de un territorio que entra en otro, cual «mango de sartén». Ésta es la apariencia que tiene la parte occidental del Estado de Oklahoma que es la que, en Estados Unidos, es conocida comúnmente por Panhandle. El Panhandle de Texas es la parte de dicho otro Estado norteamericano que linda con el Pandandle de Oklahoma (N. del T.).

—¡Sí, sí! —dijo apasionadamente— Es la misma. ¿Ustedes son americanos? Yo estuve en América. Atravesé Kansas y Missouri, recogiendo trigo en las granjas. Pasé por el *Panhandle* de Texas⁵, trabajando en las crías de ganado. Fui a pie de Seattle a San Francisco, continué hasta Sacramento, hasta Yuma, en Arizona, pasando por sierras y desierto. ¿Conocen Yuma? ¿No? Estudié sobre el terreno todos los tipos de cultivo y de cría, para aplicar las experiencias a las granjas serbias. Me llamo Lazar Obichan. Soy agro-geólogo y secretario del Ministerio de Agricultura en el Gobierno de Belgrado. —carraspeó aclarándose la garganta, se hizo un espacio entre la multitud con ayuda de los codos y nos tomó a cada uno de los dos por la solapa de la chaqueta.

—He sido enviado aquí para estudiar el suelo, el clima y las condiciones de los cultivos de la Nueva Serbia. Soy un especialista. He inventado un nuevo método para determinar lo que se puede producir sobre no importa qué suelo de no importa qué país. Es un sistema automático y sencillo, todos pueden aplicarlo... Es una nueva ciencia ¡Escúchenme bien! Ustedes me dan la humedad y yo la pongo aquí —dio una palmada en los hombros de Robinson—. Después, ustedes me dan la temperatura media y yo la pongo aquí —un puñetazo en el riñón de Robinson—. Desde la humedad, tiro una línea vertical hacia abajo, ¿me siguen? Acto seguido, desde la temperatura media, tiro una línea horizontal —uniendo el gesto a la palabra, cruzó a Robinson a la altura del diafragma. Su voz subió de tono—. ¡Hasta que las dos líneas se crucen! ¡Y el punto donde se cruzan me da la cifra de la evaporación de una jornada! —dándonos simultáneamente un golpe en el pecho, para enfatizar cada palabra, repitió: —¡La cifra de la evaporación de una jornada! —levantó las dos manos y nos dirigió una amplia sonrisa satisfecha, marcando una pausa para permitirnos comprender bien. Estábamos impresionados.

—Pero esto no es todo; tengo muchas otras ideas —continuó con seriedad—. Tengo un vasto plan comercial y financiero: ¡un plan inmenso! ¡Escuchen bien! Tras esta guerra, Ser-

bia tendrá necesidad de mucho dinero, de un montón de capital extranjero. ¿De dónde vendrá ese dinero, eh? ¿De Inglaterra? No, Inglaterra lo necesitará todo para sí. Francia y Rusia estarán completamente agotadas. Por tanto, no llegará ningún capital de Europa. Entonces, ¿dónde encontrarlos? Escúchenme ustedes: en América. América es rica. He estado allí y sé lo rica que es, muy rica. ¡Oigan! Crearemos una banca serbo-americana con capitales americanos y directores americanos. Tendrá su sede en Belgrado. Prestará dinero a los serbios: ¡los beneficios serán enormes! La ley serbia permite prestar al 12%. ¡12%! Concederá préstamos a los campesinos a un interés elevado. Así, podrá comprar tierras a los campesinos pobres, dividirla en pequeñas parcelas y volverla a vender con un 400% de beneficio. Ahora los serbios son pobres y venderán las tierras a muy buen precio, pero los serbios necesitan las tierras, han de tener tierra. Ahora estamos en bancarota: pueden comprar Serbia entera por... ¿cómo se dice? ¡por un pedazo de pan! Tras lo cual, esa banca abrirá en Belgrado una exposición permanente de productos americanos y serviremos pedidos de calzados americanos, máquinas americanas y ropa americana y, en Nueva York, se abrirá otra de productos serbios y también serviremos pedidos. ¡Ganaremos dinero, una montaña de dinero! Escriban eso en sus diarios. Si tienen capital, ¡pónganlo en esa banca!

En la estación sonó una campana. El jefe de estación tocó una corneta, la locomotora silbó y el tren se puso en marcha. Habíamos liberado las solapas de nuestras chaquetas de las garras del señor Obichan y empezamos a rodar. Él nos siguió sin dejar de hablar.

—Serbia es un país muy rico en recursos naturales —gritaba—. Buen suelo para algodón, tabaco, seda... La nuestra es una tierra aluvial muy buena. ¡Hay laderas de colinas orientadas al sur aptas para viñas! Más arriba, en las montañas, trigo, ciruelas, melocotones y manzanas. En Mačva, ciruelas... —pasamos a nuestro vagón. —Minerales... —gritaba en dirección nuestra—. Oro... Cobre... Mano de obra barata...

—su voz se perdió en la lejanía. Luego, hablamos de él a un oficial serbio.

—¿Lazar Obichan? —dijo— Sí, le conocemos. Está bajo vigilancia. ¡Sospechamos que vende secretos militares al Gobierno austriaco!

Después, por la tarde, nuestro tren se detuvo en otra vía para dejar pasar un convoy militar: doce vagones descubiertos, atiborrados de soldados vestidos con restos de uniformes y envueltos en chillonas mantas de chocantes colores. Se había puesto a llover un poco. Un músico zíngaro tocaba frenéticamente su violín de una cuerda, que sostenía en la garganta, por el mástil toscamente tallado en forma de cabeza de caballo. A su alrededor, los soldados cantaban la última balada que celebraba la derrota austriaca:

*Los swabo⁶ llegaron a Rajja
¡Pero no consiguieron ir más lejos!
¡Eh! Kako to? (¿Cómo es eso?)
¡Oh! Zasto to? (¿Por qué?)
Tardarán en olvidar Рашко Pol.
¡Allí se encontraron con los serbios!
¡Eh! Kako to?
¡Oh! Zasto to?*

*¡Y ahora los swabo saben
cómo los serbios reciben a los intrusos!
¡Eh! Tako to!
¡Oh! ¡Es así que pasó!*

Cada regimiento tiene dos o tres zíngaros que marchan con las tropas tocando el violín serbio o la cornamusa para acompañar las canciones que los soldados hacen una tras otra: canciones de amor, celebraciones de victorias y cantos épicos. En toda Serbia, los zíngaros son los músicos del pue-

6.- Palabra despreciativa para referirse a los austriacos (N. del T.).

blo. Viajan de una fiesta de campo a otra, acompañando bailes y cantos. ¡Extraña sustitución! Los zíngaros han reemplazado prácticamente a los bardos itinerantes de los pasados tiempos, los *guslar*, que transmitían de generación en generación las antiguas epopeyas y baladas nacionales, llegando hasta los valles de montaña más recónditos. Y sin embargo, en Serbia, son los únicos que no tienen derecho al voto. No tienen casas ni pueblos ni tierras, sólo sus tiendas y sus desvencijados carromatos.

Lanzamos algunos paquetes de cigarrillos a los soldados en sus vagones. Primero parecieron no comprender. Los cogieron, juguetearon con ellos en las manos, los abrieron y nos miraron con expresión seria, serena y sencilla. Después se hizo la luz y nos sonrieron meneando la cabeza.

—*Fala* —dijeron amablemente— *¡Fala lepo!* ¡Mil veces gracias!

IV

LA CAPITAL DE LA GUERRA

Niš. Tomamos un desvencijado carruaje con su piso hundido enganchado a dos caballos moribundos y conducido por un bandido cubierto por un enorme gorro de piel, y emprendimos la marcha por una ancha calle fangosa dando tumbos sobre adoquines desjuntados y puntiagudos. Alrededor de la ciudad se extendían verdes colinas, muy bellas, con sus follajes nuevos y todo tipo de árboles frutales en flor, mientras que, por encima de los grandes tejados turcos y de algunos raros y feos edificios, con fachadas pintadas al estilo europeo, se dibujaban las cúpulas, en forma de bulbo, de la catedral ortodoxa. Aquí y allá, la fina aguja de un minarete cruzaba los hilos telefónicos. La calle desembocaba en una vasta plaza, en realidad, un mar de lodo y piedras bordeado de miserables casuchas y atravesado por postes metálicos que aguantaban centenares de hilos y por enormes farolas eléctricas modernas. A un lado yacía, de espaldas, un buey, con las patas atadas a un

madero, mientras que unos campesinos herraban sus cascos, tal y como lo vienen haciendo desde hace quinientos años.

Prisioneros austriacos de uniforme iban y venían libremente por todas partes sin que ningún guardián los vigilara. Unos llevaban carretillas, otros cavaban zanjas y otros, a centenares, deambulaban desocupados. Nos dijeron que bastaba con pagar cincuenta dinares al Gobierno para tener a uno como sirviente. Todas las legaciones y consulados los empleaban. Los prisioneros estaban contentos de ser utilizados como criados, pues no tenían ningún lugar decente donde vivir y padecían hambre. De vez en cuando, también pasaba algún oficial austriaco, con uniforme de gala, sable incluido.

—¿Evadirse? —nos dijo un funcionario del Gobierno al que interrogamos— No, ni siquiera lo intentan. Las carreteras son impracticables por el barro, los pueblos están despoblados y asolados por las enfermedades, no hay nada que comer... Ya es muy difícil atravesar Serbia en tren: a pie sería imposible. Y además, la frontera está bien guardada...

Pasamos ante un gran hospital en el que pálidos prisioneros se asomaban por las ventanas, apoyándose en sucias mantas, entraban y salían por las puertas arrastrando los pies y permanecían tendidos en la calle sobre montones de fango seco. Eran los supervivientes de los sesenta mil austriacos hechos prisioneros durante la guerra, de los cuales doce mil habían muerto ya de tifus.

Al otro lado de la plaza, la calle continuaba, entre toscas casas de una sola planta, hasta el mercado. Un sordo murmullo provenía de los centenares de campesinos que comerciaban, vestidos con una decena de trajes nacionales diferentes: lino artesanal bordado con flores, altos gorros de piel, fez, turbantes y una infinita variedad de pantalones turcos. Los cerdos gruñían, las gallinas cacareaban; en el suelo, había un montón de cestos llenos de huevos, hierbas aromáticas, verduras y pimientos rojos; majestuosos ancianos, envueltos en pieles de oveja, renqueaban sosteniendo corderos en los brazos. Estábamos en el centro de la ciudad. Allí había dos o tres restaurantes y cafés malolientes, el

mísero Hotel de Oriente, la inevitable tienda de calzados americanos y, sorpresa, en medio de pequeñas y pobres tenduchas, escaparates en los que brillaban joyas de alto precio y extravagantes sombreros de dama.

En las aceras se atropellaba una multitud de gentes de todo tipo: zíngaros, campesinos arruinados por la pobreza; guardias, de uniforme rojo y azul, con grandes sables; recaudadores de impuestos vestidos como generales; también con sable, soberbios oficiales del ejército con sus medallas; soldados con mugrientos andrajos y los pies envueltos en trapos; soldados que se arrastraban, tambaleándose sobre sus muletas, sin brazos o sin piernas, expulsados de los repletos hospitales, aún marcados por la cianosis y temblando por el tifus. Y siempre, por doquier, prisioneros austriacos. Funcionarios del Gobierno caminaban presurosos llevando carpetas bajo el brazo. Alrededor de las manchadas mesas de los cafés, gordos mercaderes judíos y proveedores del ejército departían amigablemente con políticos intrigantes. Mujeres empleadas del Gobierno, esposas y amantes de oficiales y damas de la buena sociedad se abrían camino entre campesinas de holgadas y alegres faldas cuyas medias bajas lucían vivos colores. El Gobierno de Belgrado se había refugiado en Niš y un pueblo de montaña de veinte mil almas había devenido en una ciudad de ciento veinte mil habitantes, sin contar con los muertos.

Puesto que el tifus había barrido la ciudad en la que las personas se apiñaban por seis, incluso por diez, por habitación, por todas partes ondeaban trapos negros en una larga y siniestra procesión, y las ventanas de los cafés estaban cubiertas de negras esquelas.

Atravesamos el fangoso río Nišava por el puente que lleva a la pesada puerta, ornamentada con arabescos, de la antigua ciudadela turca, la cual anteriormente fue romana y vio nacer a Constantino el Grande. En la hierba, al pie de la gran muralla, estaban echados centenares de soldados, durmiendo, rascándose, buscando piojos en sus ropas, agitándose y temblando de fiebre. En cualquier lugar en el que se estuviera, en Niš,

si había un poco de hierba rasa, se podía ver a esos desgraciados amontonados, despiojándose mutuamente...

La hediondez de la ciudad era atroz. En las calles adyacentes había alcantarillas que derramaban, a cielo abierto, su contenido en el empedrado. Se había tomado algunas medidas sanitarias –como el cierre diario de los cafés y restaurantes, desde las dos hasta las seis, para su desinfección– pero el riesgo de coger el tifus en un hotel o en un edificio público era exactamente el mismo. Afortunadamente, el señor. Young, vicedcónsul americano, nos albergó en el Consulado e introdujo en el Círculo Diplomático, el cual había arreglado un comedor en un restaurante abandonado en el que se comía bien, a pesar de que media ciudad reventaba de hambre. Se entraba pasando por una pocilga, tras franquear una alcantarilla al aire libre, pero, una vez superada la puerta del club, la estupefacta mirada descubría mesas, decoradas con flores y cubiertas con immaculados manteles y cubiertos de plata, y un *mâitre* con elegante traje de noche, prisionero austriaco que respondía al nombre de Fritz, el cual había sido, antes de la guerra, camarero jefe en el Carlton de Londres. El espectáculo del embajador británico maniobrando majestuosamente para superar la pocilga y subir los escalones del club, como si estuviera en Picadilly, justificaba por sí solo el viaje.

Así era Niš la primera vez que la vimos. Volvimos dos semanas más tarde. Las lluvias habían cesado completamente y un cálido sol había secado las calles. Habían pasado unos días desde la fiesta de San Jorge que marca, en Serbia, el principio de la primavera. Ese día toda Serbia se levanta al amanecer para ir a los bosques y a los campos a coger flores, bailar, cantar y festejar hasta la noche. E incluso aquí, en esta ciudad sucia y sobrepoblada, a pesar de la tristeza trágica de la guerra y de la pestilencia reinante en cada casa, las calles estaban alegres. Los campesinos habían cambiado sus pesadas y sucias vestimentas de lana y sus pieles de ovejas por vestidos de verano de lino, bordados con vivos colores. Todas las mujeres llevaban nuevos ropajes y pañuelos de seda, decorados con cintas anudadas de hojas y flores. Incluso

los yugos y las cabezas de los bueyes portaban ramas violetas de lilas. Animadas jovencitas zíngaras transitaban por las calles llevando pantalones turcos de bonitos y extravagantes colores, con deslumbrantes blusas de tiras doradas y pendientes de monedas de oro en las orejas. Me acuerdo de cinco altas mujeres, bien plantadas, que, azada al hombro, marchaban cantando por en medio de la carretera, para trabajar en los campos en lugar de sus hombres difuntos.

Fuimos recibidos por el coronel Subotitch, jefe de la Cruz Roja, en su Cuartel General. Nos describió la terrible penuria de medios médicos en Serbia y nos pintó el escalofriante cuadro del mes que acababa de transcurrir en Niš, cuando la gente moría por la calle. Mi mirada se posó en una soberbia manta campesina que recubría su cama.

—Mi madre la tejió para mí en el pueblo en que vivo —dijo con sencillez—. Es una campesina. En Serbia, todos somos campesinos y éste es nuestro orgullo. El vaivoda Putnik, el comandante en jefe del ejército, es un hombre pobre; su padre era un campesino. El vaivoda Michitch, el vencedor de la gran batalla que ha expulsado al Ejército austriaco de nuestro país, es un campesino¹. Muchos diputados a la *Skuptchina*, nuestro Parlamento, son campesinos y participan en las sesiones con sus trajes de campesinos.

Miró la cama.

—Es sobre este lecho, en esta manta que tanto admiran, que vi morir, de tifus, hace dos meses, a mi hijo, tal y como les veo hoy a ustedes. ¿Qué quieren? Tenemos que cumplir con nuestro deber...

Volvió a enderezar los hombros, haciendo un visible esfuerzo para continuar.

1.- Radomir Putnik (1847-1917) fue generalísimo de los ejércitos serbios durante la Primera Guerra Mundial. Zivojin Michitch (1855-1921) fue el general al mando del I Ejército serbio en la batalla defensiva librada por éste, en noviembre de 1914, contra el Ejército austro-húngaro, en el río Kolubara, y en la posterior contraofensiva que, a mediados de diciembre del mismo año, recuperó Belgrado (N. de la Ed.).

—Entonces, ¿quieren ver un hospital para enfermos de tifus? ¡Ah!, eso ya no es interesante ahora. Lo peor pasó. Pero les voy a dar una carta de presentación para Stanojevich, en Ćele Kula.

Fuimos a Ćele Kula, a menos dos kilómetros de la ciudad, al final de una oscura tarde de lluvia torrencial. El nombre es turco y significa «Túmulo de las Calaveras», y es, literalmente, una torre hecha con los cráneos de los combatientes serbios, edificada hace más de cien años, cerca del lugar de una gran batalla; un monumento a la victoria turca². El teniente Stanojevich, que comandaba el hospital, nos abrió la capilla ortodoxa que los serbios han contruido en ese lugar sagrado. Bajo una débil luz, llenando completamente la capilla, apareció una gruesa torre redonda de arcilla en la que hacían siniestras muecas algunas calaveras incrustadas en las paredes y adornadas con ramos de flores marchitas.

Alrededor de este tétrico monumento conmemorativo estaban agrupadas las construcciones, en ladrillo, del hospital y las barracas de madera para aquéllos que no habían encontrado sitio en él. El viento nos traía el fétido olor del sudor de los cuerpos enfebrados, de los enfermos comiendo y de la carne en descomposición. Entramos en una barraca: a lo largo de las paredes, estrechas camas estaban dispuestas las unas al lado de las otras y, a la débil iluminación de dos linternas, pudimos ver a los enfermos que se retorcían en sus mugrientas mantas, dispuestos en grupos de cinco y de seis a lo ancho de dos camas. Algunos de ellos estaban sentados y comían con aire apático; otros yacían como muertos; algunos emitían pequeños y sordos gemidos o se ponían bruscamente a gritar en pleno delirio. Los encargados de sala, que dormían allí, eran todos prisioneros austriacos.

2.- Se trata de un episodio militar que tuvo lugar en 1809, en el cuadro del primer alzamiento nacionalista contemporáneo serbio (1804-1813) contra el yugo opresor del Imperio Otomano (N. de la Ed.).

—Tomé a cargo este hospital hace solamente tres días —dijo el teniente—. Antes de mi llegada, era terrible. Ahora, ya sólo tenemos veinte muertos por día. Hay ochocientos enfermos y, ya ven, no tenemos sitio ni para éstos.

Pasamos de una sala fétida a otra, respirando el hedor de la descomposición y de la muerte, hasta el momento en que, aplastados por la desgracia de tantos hombres en la flor de la vida, sentimos cómo se revolvían nuestros estómagos vencidos por el nauseabundo olor.

Más tarde, cenamos con Stanojevich y su equipo de jóvenes médicos y estudiantes. Corrió el buen vino tinto de la región y una discusión alegre y animada sobre la guerra nos hizo olvidar, por un momento, a los pobres diablos que estaban muriendo al otro lado de la pared. Stanojevich, enrojecido por el alcohol, fanfarroneaba acerca de cómo los serbios habían pulverizado al Ejército austriaco.

—¿Qué es lo que están haciendo los franceses y los ingleses? —exclamó con impaciencia— ¿Por qué no combaten a los alemanes? Lo que necesitan es que unos cuantos serbios les enseñen cómo se hace la guerra. Los serbios sabemos que lo único que importa es estar dispuesto a morir: ¡con eso, la guerra acabaría enseguida...!

V

HACIA EL FRENTE

A la mañana siguiente, al alba, tomábamos la ruta de Kragujevac, el Cuartel General del Ejército. Nuestro tren iba cargado de municiones y de harina americana para el frente y arrastraba cinco vagones llenos de soldados vestidos con pieles de ovejas, trajes campesinos y uniformes austriacos recuperados con la derrota de éstos en el pasado mes de diciembre. Un hombre llevaba incluso un casco alemán. Cantaban una interminable balada que explicaba cómo el viejo rey Pedro I se trasladó a las trincheras durante la batalla del río Kolubara:

El rey Pedro se levantó de su cama una mañana

1.- Pedro I Karageorgevich (1844-1921), rey de Serbia desde 1903 y, tras la guerra, de Croacia y Eslovenia, y su hijo Alejandro I Karageorgevich (1888-1934), que subió al trono en 1921 y murió a manos de nacionalistas croatas (N. de la Ed.).

*y dijo a su querido hijo, el príncipe Alejandro¹:
«¡oh, hijo mío, bravo y valiente príncipe
que tan bien conduce los ejércitos de Serbia,
los swabo han pasado Krupanj.
Su potente Ejército, crecido como el Morava,
ha dejado atrás Valjevo...
Debo partir para vencer o morir con ellos!»
Ciñó su deslumbrante espada...*

La línea del ferrocarril corre paralelamente al Morava. Allí todo era verde y las mujeres labraban con bueyes la negra tierra de los campos y, mientras tanto, hilaban la lana en ruecas. Entre los ciruelos y los manzanos en flor se ocultaban casas blancas, bajas, con tejas, cuyos balcones sobresalían con graciosos arcos turcos de esquinas pintadas con rombos coloreados. A sus pies, se extendían vastos prados, inundados de agua, en los que croaban millares de ranas formando un coro gigantesco, audible pese al estrépito del tren: el Morava se había desbordado. Habíamos pasado Tešica, Bagrdan, Dedrevac y Lapovo, poblaciones todas ellas focos de la epidemia, que apestaban a formol y estaban totalmente blanqueadas por el siniestro encalado del desinfectante.

En Kragujevac, nos atendió un delegado de la Oficina de Prensa, en la vida civil asistente de literatura comparada en la Universidad de Belgrado. Era un hombre bien plantado y con aire distraído, de gruesas rodillas, hasta las que llegaba un pantalón de montar de color perla. Llevaba un sombrero de fieltro de un verde brillante echado sobre la oreja y lucía una chispa de insolencia en los ojos. Al cabo de dos horas, le llamábamos ya «Johnson», traducción literal de su nombre.

Johnson conocía a todo el mundo y todo el mundo conocía a Johnson. Hizo continuos comentarios escandalosos sobre to-

2.- Poeta y novelista inglés (1828-1909); realista y adversario del reaccionario romanticismo victoriano (N. de la Ed.).

das las personas con las que nos cruzábamos y detuvo, durante largo tiempo, nuestro carruaje para bajar de él e intercambiar con sus amigos los últimos chismes picantes. Al fin, perdimos la paciencia:

—Por piedad, Johnson, ¡apresúrese un poco!

—¡Excúseme, señor! —respondió con aire solemne— Hay que tener paciencia. ¡Estamos en guerra!

Encontramos al jefe de la Oficina de Prensa, antiguo profesor de Derecho Público de la Universidad de Belgrado, en pleno trabajo: leía una novela de George Meredith². Johnson nos explicó que la Oficina de Prensa era una organización extremadamente importante y muy activa.

—Aquí fabricamos un montón de anécdotas, rimas y epigramas sobre personajes conocidos. Por ejemplo, uno de los conspiradores del atentado contra el archiduque Fernando era oficial del Ejército serbio durante la retirada³. Tenía miedo de ser reconocido si le hacían prisionero, así que se afeitó la barba. En la Oficina de Prensa hemos hecho un soneto sobre él, en el que decíamos que no servía de nada que se cortara la barba cuando no se podía cortar su gran nariz ¡Sí, señor! ¡A veces, la Oficina de Prensa produce hasta doscientos sonetos por día!

Johnson era un autor en boga de piezas de teatro. Había adaptado, para la escena serbia, la *Comédie Rosse* del Théâtre Antoine lo que le valió ser puesto al margen de la buena sociedad.

Porque —nos explicó— mi pieza era obscena. Pero realizaba un fiel retrato de la vida serbia y, en el arte, la búsqueda de la verdad es el ideal, ¿no creen ustedes?

Johnson se hallaba impregnado de cultura europea, de distinción, cinismo y modernismo, pero bastaba con arañar la superficie para encontrar al serbio: el fondo sólido, vital, de un joven pueblo que aún no había salido completamente

3.- El atentado en el que murieron el archiduque Francisco Fernando, heredero al trono de Austria-Hungría, y su esposa, había tenido lugar el 28 de junio de 1914 y había sido cometido por el estudiante bosnio Princip, miembro de la organización nacionalista serbia Unidad o Muerte (N. de la Ed.).

del semisalvajismo de un campesinado de montaña, intensamente patriótico y ardientemente independiente.

Sin embargo, muchos “intelectuales” serbios son como la ciudad de Belgrado, por cuyas calles sin pavimentar invadidas por el lodo, entre casas de planta baja parecidas a las de Niš, los campesinos conducían, hace tan sólo tres años, sus chirriantes carretas; y que ahora aparece invadida por los edificios, los pavimentos, los aires y los vicios de París y Viena. No viven más que para el arte moderno, la música contemporánea, el tango y el *fox-trot*⁴. Se burlan de las canciones y las costumbres de los campesinos.

Estas poses son, a veces, ridículas. Cabalgamos, durante un día, hacia el campo de batalla del monte Gučevo, en compañía de un joven oficial –también él de la Universidad– que vivía, desde hacía tres años, la vida de un combatiente nómada y se había endurecido como ningún inglés, francés o alemán hubiera podido endurecerse. Había participado en la terrible retirada y en el ataque, más terrible aún, de aquel invierno, durmiendo bajo la lluvia o en chozas infestadas de parásitos, a base de la comida ordinaria de los campesinos o no comiendo nada, y había conseguido sobrevivir.

—¡Amo tanto esta región! –decía mientras cabalgábamos– ¡Es tan pastoral!, ¿no creen? Cuando estoy aquí siempre pienso en *La pastoral* de Beethoven –silbó ligera y distraídamente algunos compases.

—No; me he equivocado. Ésa es la Tercera, ¿verdad?

Descubrimos, a continuación, que su padre era un campesino y que todos su antepasados, desde que los serbios descendieron de las llanuras de Hungría, habían sido campesinos.

4.- Textualmente «paso de zorro», baile de pareja, de origen norteamericano, que se popularizó en Europa, en el que se alternaban movimientos lentos y rápidos (N. del T.).

5.- George Bernard Shaw (1856-1950), escritor y dramaturgo inglés, miembro de la Sociedad Fabiana (N. de la Ed.).

6.- Milan I Obrenovich (1854-1901), subido al trono en 1882. (N. de la Ed.).

7.- Milosh Obilich (?-1389), caballero montenegrino que combatió intrépidamente y murió en la batalla de Kosovo contra el sultán turco Murat I (N. de la Ed.).

nos y habían vivido en esa región ¡que sólo le hacía pensar en Beethoven!

¡Para qué añadir que en Serbia se aprecia mucho *El héroe y el soldado* de Bernard Shaw...!⁵

Cenamos en el comedor de oficiales, en la rústica sala del trono de Milán Obrenovitch, el primer rey serbio⁶; su vistoso trono dorado, de felpa roja, todavía está allí, y en las paredes hay retratos de Milosh Obilich⁷ y de los otros héroes de la tormentosa historia de Serbia, así como de los líderes de los *comitadji* serbios muertos por los turcos en Macedonia en los años precedentes a la guerra de los Balcanes.

—Este palacio es uno de nuestros más antiguos monumentos nacionales —dijo Johnson—. Tiene al menos cincuenta años.

La juventud del reino de Serbia es asombrosa. ¡No hace ni cien años que devino un Estado libre, tras cinco siglos de dominación turca, y qué historia tiene ya tras de sí!⁸

El sueño secreto de todo serbio es unir al conjunto de los pueblos serbios en un gran imperio: la Croacia húngara, idéntica por la etnia y por la lengua que allí se habla; Dalmacia, cuna de la literatura serbia; Bosnia, fuente mayor de su poesía y su canto; Montenegro, Herzegovina y Eslovenia. Un fuerte imperio de quince millones de habitantes, que se extienda desde Bulgaria al Adriático y, al este y al norte, desde Trieste hasta las altiplanicies de Hungría, que permita liberar, para explotar las riquezas de las llanuras y abrirse al mar, las energías luchadoras del pueblo del reino de Serbia que tan bien sabe organizar el Estado mientras que hoy se ve encerrado en los estrechos valles de sus montañas.

Cada campesino-soldado sabe que es por eso que combate. Cuando nació, su madre lo acogió diciendo:

—¡Salve, pequeño vengador de Kosovo! (Es tras la batalla de Kosovo, en el siglo xiv, que Serbia cayó bajo el dominio de

8.- En realidad, fue a resultas de la derrota en la batalla de Kosovo, en la que pereció el zar Lázaro, que Serbia devino en provincia turca en 1459. Su independencia no había sido reconocida, por el Congreso de Berlín, más que en 1878 (N. de la Ed.).

los turcos). Después, cuando hacía alguna cosa mal, su madre le regañaba:

—¡No es de esta manera que liberarás Macedonia!

La ceremonia del paso de la infancia a la adolescencia estaba marcada por la recitación de un viejo poema que comienza así:

*Ja sam serbin (Soy serbio)...
Soy un serbio, nacido para ser soldado,
hijo de Iliya, de Milosh, de Vasa, de Marko...*

Se trata de héroes nacionales cuyas hazañas celebra el poema.

*Mis hermanos son tan numerosos como las uvas de la viña,
¡pero son menos felices que yo, hijo de la libre Serbia!
¡por esto tengo que crecer rápido, aprender a cantar y disparar,
para correr en ayuda de los que me esperan!*

En las escuelas serbias, los niños no sólo aprenden la geografía de la vieja Serbia, sino también la de todos los países serbios, «¡en el orden de su redención!»: primero, Macedonia, después Dalmacia, Bosnia, Herzegovina, Croacia, el Banato y Backa.

Hoy Kosovo ha sido vengado y Macedonia liberada, y esto ha pasado durante la vida de esos soldados que escucharon a sus madres y que jamás olvidaron a sus «hermanos, tan numerosos como las uvas de la viña». Pero, mientras estábamos en Serbia, surgían otras complicaciones.

—¿Qué pasará si Italia toma Dalmacia? —le pregunté a un funcionario del Gobierno.

—¡Sería verdaderamente exasperante —me respondió— porque eso significaría que, después de recuperarnos de esta guerra, tendríamos que combatir de nuevo!

Un viejo oficial que encontramos más tarde nos dijo con una especie de inspirado entusiasmo:

—Pensábamos que ese sueño de una Gran Serbia se realizaría... Pero no antes de largos años; sí, de largos años. ¡Y en cambio, se ha realizado en nuestra época! ¡Es un sueño por el que vale la pena morir!

El niño que cantó *Hijo de la libre Serbia* ha hecho de este país uno de los más democráticos del mundo. Está gobernado por la *Skuptchina*, cámara única elegida por sufragio universal y proporcional. El Senado, que era llamado irrisoriamente el «Museo», fue abolido en 1903. El rey Alejandro intentó gobernar como autócrata y lo asesinaron; el actual rey es una figura meramente representativa en pleno sentido del término y está limitado por una Constitución liberal. No hay aristocracia en Serbia. Sólo el hermano y los hijos del rey son príncipes, y los ultrademócratas, así como los socialistas, llegan incluso a rechazar ese título de príncipe-regente, hablando siempre de él como del «Firmante de las Actas». La reina Draga intentó instaurar un orden nobiliario, pero «¡la matamos!», nos dijo Johnson sonriendo⁹.

Los grandes propietarios terratenientes, como los de Rumanía, son desconocidos en Serbia. Aquí, cada campesino tiene derecho a cinco acres de tierra, inalienables en caso de deudas o de impuestos impagados: une sus campos a los de sus hijos e hijas y sus sobrinos y sobrinas y así existe, en toda Serbia, una especie de cooperativas conocidas bajo el nombre de *zadruga*, que permiten a varias generaciones de una misma familia y a sus ramificaciones vivir conjuntamente en su propiedad común. No hay, en Serbia, al menos hasta hoy, población industrial, y los ricos son muy pocos¹⁰.

9.- El rey Alejandro I Obrenovich (1876-1903), fue el último soberano de esta dinastía fundadora de la Nueva Serbia. Su tentativa de implantar un régimen autocrático finalizó con su muerte y la de su esposa, la reina Draga, a manos de los partidarios de la monarquía constitucional que proclamaron como rey a Pedro I Karagevich (N. de la Ed.).

10.- La *zadruga* era la comuna rural eslava constituida —como *mir* ruso—, en base al régimen de comunidad de bienes, por varias familias campesinas ligadas por parentesco. En ella, la propiedad de la tierra se mantenía indivisible, lo que suponía un obstáculo al desarrollo del capitalismo en el Este de Europa (N. de la Ed.).

Esa noche escuchamos el dramático relato de la gran victoria serbia de diciembre. Por dos veces los austriacos habían invadido el país y por dos veces habían sido expulsados de él, las calles de Valjevo gemían por los heridos abandonados bajo la lluvia. Pero la segunda vez, el enemigo había tomado Šavac, Loznica, las dos ricas provincias de Mačva y Podgorica y las alturas de Gučevo. Los serbios no habían podido desalojarlos de sus posiciones sólidamente fortificadas. Entonces, en pleno diciembre, con un tiempo glacial, los austriacos lanzaron su tercera invasión, con quinientos mil hombres contra doscientos cincuenta mil. Atravesando la frontera en tres puntos, muy alejados uno de otro, rompieron las líneas serbias y rechazaron al pequeño Ejército en sus montañas. Belgrado fue abandonado al enemigo. Por dos veces, los serbios opusieron una desesperada resistencia y las dos fueron obligados a batirse en retirada. Empezaban a faltar las municiones: la artillería ya no tenía más que veinte obuses por pieza. El enemigo sobrepasó Krupanj y Valjevo y ya no estaba más que a unos setenta kilómetros de Kragujevac, Cuartel General de las fuerzas serbias.

Fue entonces que, en el último momento, sucedió algo. Llegaron municiones de refuerzo de Salónica y los jóvenes oficiales se rebelaron contra sus mayores, demasiado prudentes, gritando que valía más morir atacando que ser masacrados en las trincheras. El general Michitch dio la orden de ofensiva. Los derrotados serbios se precipitaron fuera de sus trincheras para caer sobre las columnas austriacas que no les esperaban, justo cuando éstas franqueaban estrechos desfiladeros para volver a atacar. Sorprendidos en plena marcha, entorpecidos por la artillería pesada que transportaban y por el paso lento de sus convoyes sobre caminos vueltos impracticables por el fango, los austriacos resistieron furiosamente pero fueron forzados a retirarse. El frente se rompió. El centro austriaco, machacado por el I Ejército serbio de Michitch, se dislocó y, ganado por el pánico, retrocedió a través de todo el país, abandonando material, municiones y cañones y dejando, tras de sí, a millares de muertos y heridos y hospitales desbordados de hombres que deliraban

por el tifus. Es así que el tifus, que había comenzado en alguna parte de las llanuras de Hungría, entró en Serbia de la mano del Ejército austriaco. El ala izquierda de éste intentó, por un momento, defender Belgrado, pero los exultantes y andrajosos serbios le arrojaron literalmente al Sava e hicieron una carnicería de sus soldados cuando intentaron volver a atravesarlo a nado.

La gran batalla de la que el vaivoda Michitch rindió cuenta en un telegrama lacónico pero orgulloso: «No queda un solo soldado austriaco en suelo serbio excepto los prisioneros» todavía no ha recibido nombre. Algunos la llaman la batalla del río Kolubara; otros la de Valjevo. Pero es probablemente el más destacado enfrentamiento armado de toda la Gran Guerra¹¹.

A la derecha del coronel estaba sentado un pope que llevaba la larga sotana negra de la Iglesia ortodoxa. Pero no tenía el comportamiento pegajoso y taimado típico de los griegos; era un hombre alto y rubicundo que se reía a carcajadas y bebía vino con los oficiales. Esos sacerdotes serbios son gente fuera de lo común. Son ellos quienes enseñan y transmiten el patriotismo entre los campesinos. Se les elige también como diputados de distrito en la *Skuptchina*.

—¿Y por qué no? —nos dijo en francés— En Serbia, no hay ningún partido clerical. Aquí vamos todos a una, ¿eh? —añadió girándose hacia el coronel que asintió— Hace tres años que combato en el Ejército serbio, pero no en calidad de sacerdote sino como soldado serbio. Claro está, tenemos una

11.- Siempre según datos oficiales, los efectivos austro-húngaros utilizados en el frente serbio, durante 1914, ascendieron a 462.000 hombres. Más concretamente, en la ofensiva referida por Reed, de octubre-diciembre, habrían participado unos 200.000 hombres. En el transcurso del citado año, las pérdidas austro-húngaras en el frente serbio se elevaron a 28.000 muertos, 34.000 desaparecidos, 40.000 prisioneros, 122.000 heridos y 47.000 enfermos. Durante el mismo periodo, los efectivos del I Ejército serbio que fue el que libró esos combates ascendían a 270.000 hombres, a los que había que añadir 40.000 montenegrinos. En la tercera ofensiva austriaca, y en su consiguiente contraofensiva serbia, el I Ejército perdió 22.000 hombres y tuvo 91.000 heridos y 19.000 prisioneros (N. de la Ed.).

12.- Reed confunde aquí Milan y Milosh Obrenovich. El episodio al que se refiere fue en vida de este último, en 1815, cuando dio comienzo la revuelta antiturca en el pueblo natal de éste, Takovo (N. de la Ed.).

Iglesia de Estado, pero el Gobierno subvenciona igualmente a las Iglesias protestante y católica e incluso a los *haci* musulmanes. Esto sí que es extraordinario. ¡El Gobierno paga al *muftí* mahometano (jurisconsulto con autoridad pública) treinta mil dinares por año, mientras que el metropolitano (arzobispo) de la Iglesia serbia no recibe más que veinte mil! Nuestro pueblo no ha olvidado que Milan Obrenovitch proclamó la revolución contra los turcos en una iglesia de pueblo con un pope a su lado¹². Primero somos serbios y hombres, y después, sacerdotes. —estalló en una carcajada. —¿Conocen la historia del obispo serbio Duchitch y de cómo escandalizó al obispo de Londres? ¿No? Pues bien, estaban cenando juntos en Inglaterra.

—Tiene suerte con su pueblo —dijo el obispo de Londres—. Me han dicho que es muy piadoso.

—Sí —le respondió Duchitch— pero en Serbia no tenemos demasiada confianza en Dios. ¡Hemos rezado, durante cinco siglos, para que nos liberara de los turcos y finalmente hemos tenido que tomar nuestros fusiles para hacerlo nosotros mismos!

Era medianoche cuando tomamos el tren para Belgrado, un trayecto de menos de un centenar de kilómetros; por la mañana, aún estábamos lejos de la ciudad. Nos arrastrábamos lentamente, deteniéndonos durante horas en vías muertas para dejar pasar los trenes cargados de soldados y provisionamientos que se dirigían al norte, así como los trenes vacíos que retornaban al sur, pues ahora estábamos en las líneas del Ejército del Danubio, en la principal arteria militar que sostenía a cincuenta mil hombres. Era una región de grandes colinas redondeadas con, aquí y allá, un monte coronado del viejo castillo en ruinas de algún *Dahi*, los señores feudales que databan del tiempo de los turcos. No había rastro alguno de cultivos. En lugar de ellos, una sucesión de colinas, con cavernas excavadas o chozas de barro y paja que

13.- Actualmente forma parte de Belgrado (N. de la Ed.).

abrigaban a desharrapados regimientos; trincheras cavadas en las praderas en pendiente que zigzagueaban sobre el martirizado suelo y, en los lugares en los que los combates habían sido particularmente encarnizados, troncos desnudos de grandes robles que se alzaban, sin ramas ni hojas, despedazados por las explosiones de los obuses y por la metralla.

La estación de Belgrado había sido destrozada por el bombardeo y el preciso tiro de la artillería austriaca había destruido, una por una, las estaciones más cercanas, de forma que estuvimos obligados a descender del tren en Rakovica¹³, doce kilómetros antes de la ciudad, y llegar a ésta en coche de caballos. La carretera atravesaba un bello y fértil valle, con blancas villas y granjas adentradas en frondosidades de castaños en flor. En las cercanías de la ciudad, tomamos una carretera que discurría a la sombra de un inmenso parque al que, en verano, concurría la buena sociedad elegante de Belgrado para lucir sus lujosas carrozas y vestidos a la última moda. Ahora la alameda estaba invadida por las malas hierbas y los céspedes, terrosos y abandonados. Un obús había dañado el pabellón de verano. Bajo los grandes árboles, en las inmediaciones de una ornamental fuente, se hallaba acantonado un destacamento de caballería y, un poco más lejos, el campo de tenis había sido excavado para instalar dos cañones franceses: los marinos franceses de la batería, echados sobre la hierba, nos saludaron alegremente.

Nuestro tiro de caballos estaba girando a la izquierda, en dirección al Sava, cuando, de repente, llegó a nuestros oídos el sordo ruido de una lejana explosión. No hay nada parecido al doble ¡pum! de un cañón de grueso calibre y al silbido de los obuses. Bien pronto, más cerca de nosotros, a la izquierda, respondieron otros cañones pesados. Un coche, tirado por dos caballos al galope, apareció en la curva y un grueso oficial se inclinó, hacia nosotros, al pasar.

—¡No vayan para allá! —gritó—. *Pucaju!* (¡Disparan!)
¡Disparan sobre la carretera! ¡Las baterías inglesas están respondiéndolo!

Dimos media vuelta para tomar un desvío por la derecha. El fuego continuó durante un cuarto de hora; después cesó. Un zumbido continuo, grave y cada vez más insistente, llenó el aire. De repente, por encima de nuestras cabezas, se produjo una detonación seca y potente. Levantamos los ojos y allá arriba, muy alto, centelleando al sol como una transparente libélula, planeaba un avión. En sus alas inferiores portaba pintados círculos concéntricos azules y rojos.

—¡Es francés! —dijo Johnson—. Estaba ya virando lentamente en dirección sudeste. Tras él, a menos de cien metros, así al menos nos pareció, se veía la nube blanca de la explosión de un *shrapnel* (granada de proyectiles) que se expandía lentamente. En el preciso momento en que mirábamos, se oyó, distante, un nuevo cañonazo y después otro, y los obuses persiguieron al avión hasta que lo perdimos de vista tras los árboles.

Ascendimos penosamente por una escarpada colina para volver a descender por la otra ladera siguiendo un blanco camino de tierra en línea recta. Justo ante nosotros, enclavado sobre un promontorio situado en la confluencia del Sava y del Danubio, se extendía Belgrado, la *Beograd* de los serbios, la Ciudad Blanca que ya era vieja cuando éstos bajaron desde la montañas húngaras y que, sin embargo, es hoy una de las capitales más jóvenes del mundo. Abajo de la colina, en doble y larga fila, prisioneros austriacos, cubiertos de polvo por su larga marcha desde Rakovica, esperaban pacientemente, bajo el sol, a ser interrogados por dos oficiales serbios.

—¿De qué nacionalidad eres?

—Soy serbio de Bosnia, *gospodine* (señor) —respondió el prisionero con una amplia sonrisa.

—¿Y tú?

—*Kratti* (croata) de las montañas.

—Y bien, hermanos —dijo el oficial— ¡dadme una pista acerca de por qué habéis ido a combatir del lado de los *swabo*!

—Es que... —respondió el croata— a decir verdad, pedimos el permiso de combatir de vuestro lado, pero no nos lo dieron.

Hubo un estallido general de risa.

—Y vosotros, ¿de qué nacionalidad sois?

—Italiano de Trieste.

—Checo.

—¡Yo soy magiar! —gruñó un hombre achaparrado y ceñudo, con una mirada de odio.

—¿Y tú?

—*Rumaniassi* (rumano) —dijo orgulosamente el último hombre.

A algunos centenares de metros de allí, un vasto cobertizo guardaba todo tipo de aprovisionamientos, forraje, heno y cereales para el Ejército. Aquí, bajo un fuerte sol, los prisioneros austriacos sudaban cargando sacos de harina en carretas de bueyes, con los uniformes, las manos y los rostros cubiertos de polvo blanco. Un centinela, con la bayoneta calada, hacía la ronda ante ellos y repetía mientras caminaba:

—Que Dios bendiga a mi abuelo Vladislav Wenz que se estableció en Serbia hace cuarenta años. Si no lo hubiera hecho, ¡ahora yo estaría llevando a cuestas sacos de harina con esos prisioneros!